

# Todo corazón



**JEAN PARKER**  
**JAMES DUNN**

**1<sup>PLA</sup>**

ediciones Bistagne



# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18841-Barcelona

## TODO CORAZON

Sentimental asunto, lleno de emocion e interés

Producción de

**John W. Considine, Jr.**

basada en una historia original escrita por B. G. DE  
SILVA y DAVID BUTLER, adaptada a la pantalla por  
FLORENCE RYERSON y EDGAR ALLAN WOLF

Director artístico: CEDRIC GIBBONS

Dirección de

**David Butler**

Es un film de la famosa marca

**Metro-Goldwyn-Mayer**

Distribuido por

**Metro-Goldwyn-Mayer**

Ibérica, S. A.

Mallorca, 201 y 203 - BARCELONA

**Argumento narrado por Ediciones Bistagne**



## REPARTO:

Sally . . . . .	JEAN PARKER
Jimmie . . . . .	JAMES DUNN
Joan . . . . .	Una Merkel
Guss . . . . .	Stuart Erwin
Schauber . . . . .	William Robertson
Doctor Spear . . . . .	Samuel S. Hinds
Joe . . . . .	Paul Page
Helen . . . . .	Muriel Evans
Sra. Kelly . . . . .	Kate Price
Sra. Abrahams . . . . .	Pepi Sinoff

# TODO CORAZON

## Argumento de la película

Al ritmo de la música los niños bailan. Son chiquillos graciosos que aprenden los primeros rudimentos del difícil arte coreográfico y que ya muestran en sus gestos, llenos de ingenua naturalidad, las futuras promesas artísticas que más tarde, pasados los años, han de cuajar en esplendorosos frutos. La profesora, una niña más entre aquel grupo de niñas, les muestra el modo de sortear las dificultades de los diversos pasos y cómo se ha de mover el cuerpo para que conserve toda su armónica belleza al seguir el compás de la música.

La profesora es joven, es bella, es candorosa; y los niños la quieren por buena y por bella. Aquello

no es para ellos una clase que se hace pesada a causa de la obligación cotidiana del entrenamiento; aquello les resulta una diversión, un juego, algo sabroso y encantador, porque la profesora sabe limar lo que de rígido y severo tiene toda enseñanza.

—¡Oh, querida, no te metas los dedos en la boca!—exclama Sally amonestando con una dulce severidad a una chiquita que se ha olvidado de las más elementales reglas de la educación—. ¿Cómo quieres bailar si aun te chupas el dedo? ¡Qué chiquillas!... Os traen aquí cuando aun deberíais estar envueltas en pañales!... Vamos, vamos a empezar de nuevo. Veamos.



Los brazos en alto, sin rigidez, de una ondulación suave y cadenciosa; las cabecitas ligeramente inclinadas a un lado y a otro, al compás de la música... Así; ahora el paso; primero avanzando hacia la derecha, luego inclinándoos un poco a la izquierda y dando media vuelta rápida... ¡Muy bien! ¡Perfecto!... Pero tenéis que poner en el baile un poco más de alma. El baile no es sólo el movimiento más o menos acertado de los pies sobre el suelo ni la ondulación más o menos graciosa del cuerpo. El baile tiene alma y vosotros no sabéis hallarla. Habéis de bailar con amor, como si jugarais con vuestro mejor juguete. Cuando lo hagáis así conseguiréis bailar a la perfección... ¡Amar la danza! Este es el secreto del arte. Si amáis el baile bailaréis bien, sino son inútiles todos mis esfuerzos y los vuestros. Volvamos a empezar: una, dos, tres... Así, los bracitos que se muevan como si fueran alas; las cabezas que se inclinen como las hojas frondosas de un árbol agitado por el viento, los talles que se doblen como los juncos de las orillas del río cuando sobre ellos sopla la brisa... Así, así... ahora va eso perfectamente... Tenéis que bailar con gracia...

—¿Con qué gracia? — pregunta un muchacho que apenas levanta dos palmos del suelo, creyendo que se trata de alguna persona.

Sally se ríe con su risa infantil que halla eco en todos los rostros de los discípulos, se ríe ante la ocurrencia del chiquillo y trata de explicarse mejor:

—Quiero decir que es preciso bailar graciosamente, elegantemente, con ritmo y armonía. Así, miradme a mí ahora y tratad de imitarme luego.

Sally baila y parece una flor o un ave, algo bello y de una gracia espontánea y exquisita, cuando sus pies se mueven en el suelo al compás de la música y su talle se inclina y su cabeza se mece. Está encantadora y los niños sienten el influjo de aquel encanto. Todos la contemplan extasiados, como si vieran algo nuevo para ellos, aunque todos los días ven a la maestra ejecutar aquellas danzas que ellos apenas saben interpretar y que Sally ejecuta con tanta naturalidad que parece como si ella y el baile fueran una sola cosa, como si fuera el alma de la música hecha carne.

—Ahora vosotros, queridos... Vuestras manos que floten en el aire como alitas de palomas... Así,

así me gusta... ¡Qué bonita es esa música!... Ella sola consigue hacer bailar, aun sin tener conocimiento alguno de la danza. Ahora cada ballerito escogerá a su pareja. A ver, formaos en línea para que los niños puedan elegir entre las niñas... ¡Quieto, Mopsy! —exclama de pronto Sally acariciando a su pequeño perro que ha ido a buscarle sus caricias y que luego se ha sentado sobre una silla, filosóficamente, huyendo de los pisotones de aquellos bailarines en ciernes que no paran un momento y que le marean con sus idas y venidas.

—No metáis tanto ruido, niños, que Mopsy no ha hecho nada para que alborotéis así. Volvamos a nuestro baile. No quiero que os marchéis sin haber aprendido este paso de vals. El vals es el eje de todos los bailes. El que no sabe bailar bien el vals no puede llegar a bailar bien ningún otro baile. Empecemos...

Los chiquillos siguen la cadencia de "El Danubio Azul", tan llena de romántica melancolía amorosa, aquella cadencia que nada puede decir a sus tiernos corazones infantiles, pero que habla ya bastante alto en el corazón de Sally

que comienza a despertar a la vida con un amor que la hace feliz. Sally tiene novio. Y van a casarse pronto. Y van a ser eternamente dichosos. Porque Sally, en la ingenuidad de sus pocos años, cree aún en la dicha eterna y en el amor duradero...

Cuando los niños están en lo mejor del baile entra Joe. Joe es el novio adorado por Sally. Joe es un muchacho no mucho mayor que Sally, y que parece formal y que parece quererla. Le gusta aquella pequeña bailarina, tan valiente, tan esforzada, que gana su vida dando lecciones y que, pudiendo exhibirse por los teatros, prefiere la tranquilidad de aquel trabajo sin peligros y la paz de su escuela en donde sólo con niños ha de tratar y en donde sabe que ninguna tentación vendrá a enturbiar la nitidez de su alma pura.

—¡Joe!... — exclama Sally al verle, corriendo a él gozosa y tendiéndole su mano blanca y diminuta.

—Por hoy basta de baile—le susurra Joe al oído.

Sally vuelve a los niños su rostro iluminado por la felicidad y re-



pite la frase que le acaba de decir su novio:

—Por hoy basta de baile, queridos. Podéis marcharos a vuestras casas. Y no olvidéis que no volverá a haber clase hasta el próximo sábado... y...

—No olvidéis de practicar en casa todos los ejercicios—dicen a coro los niños que se saben de memoria la recomendación que a diario les hace la profesora.

Sally vuelve a reír con su risa infantil. Le hacen gracia aquellas criaturas que son traviesas y buenas, con la candorosa bondad de la infancia, y que la quieren como a una madrecita. Sally y Joe acompañan a los niños hasta la puerta. La pianista es la primera en felicitar a la pareja. Todos saben que la boda está próxima, aunque Sally no lo haya dicho, porque tiene como un extraño pudor en confesar que va a casarse.

—Míster Lacey—dice la pianista dando la mano a Joe—, le felicito a usted. Todas sabemos que se va a casar con la señorita Sally y se lleva usted a una mujer encantadora.

—¡Oh!—exclama Sally avergonzada.

—Sí, sí, míster Lacey, todas le felicitamos y les deseamos a los dos muchos años de dicha. Sally merece ser muy dichosa, porque es muy buena...

—Gracias, gracias—dice Sally.

Joe la abraza por la cintura y la acerca a sí, como si temiera que fuera a escapársele aquel tesoro que va a ser suyo para siempre.

Las mamás de los discípulos han traído para la novia diversos regalos. Ahora que ya se ha roto el fuego se los entregan llenas de gozo. Y la pianista le da un libro que se titula "Las confesiones de una novia". Ha creído que aquellas confesiones pueden interesar a la futura desposada y pueden orientarla en la nueva vida que va a emprender.

Sally está contenta y emocionada. Joe también; pero Joe tiene una alegría más superficial, más ficticia, más frívola que la de su novia. A él le halagan todos aquellos obsequios porque le dan la sensación de que le hacen un hombre importante; a ella le halagan porque ve en ellos la muestra del cariño de los que la rodean y porque son el presagio de su futura felicidad.

Cuando todos se han ido Joe se

vuelve a Sally, la mira a los ojos y le dice, tomándole la barbilla entre las manos y hablándole como se habla a una nena:

—¡Pobre criatura!... ¡Qué aburrida debes estar de enseñar a toda esa tropa de chiquillos malcriados!... Pero aquí estoy yo para poner fin a todo esto. No olvides que de hoy en adelante no quiero que des más clases de baile. ¿Lo oyes?

—¡Oh!... ¡No!... ¡No pretendrás que renuncie a lo que es para mí una distracción y un placer!... ¿Verdad que me dejarás seguir enseñando, Joe, cuando ya estemos casados? El trabajo es tan poco... y no me ocupa todas las horas del día. Además, será un ingreso que no nos vendrá mal. Y yo no podría vivir sin bailar. Empecé a bailar cuando era más chiquita que ellos. He bailado desde que empecé a andar. Llevaba en mi alma el sentido del ritmo y no podría ahora pasarme sin él así, tan bruscamente... Si yo no pudiera bailar... ¡Oh, creo que me moriría de tristeza!—murmura Sally conteniendo las lágrimas que pugnan por salir de sus ojos sólo a la idea de aquella posibilidad.

—¿Acaso te pido que no bailes?

No, querida, puedes bailar todo lo que quieras... pero no quiero que sigas dando lecciones... ¿Te acuerdas? Nos conocimos precisamente en un baile. Yo iba con mi amigo Guss.

—Y yo con mi amiga Joan.

—Yo le pregunté a Guss: "¿quién debe ser aquella encantadora damita vestida de azul?"

—Y yo le dije a Joan: "¿quién es aquel muchacho tan guapo que va vestido de gris?"

—Y entonces yo me acerqué a ti y te dije: "¿quiere bailar conmigo, niña?"

—Y yo te contesté: "¡encantada!..."

Sally y Joe han repetido aquella escena, reviviéndola con su recuerdo tan presente, porque aquel día fué el principio de su amor y de su felicidad. Se han estrechado entre los brazos con una alegría infantil e incomparable y se han puesto a bailar, como bailaron aquel día que ahora recuerdan, que está tan próximo y que a los enamorados les parece ya tan lejano, porque creen que su amor es un amor que comenzó en el principio de los siglos.

Son jóvenes y se aman. Nada



puede faltarles. Están contentos. Todo en torno suyo sonríe. Joe está orgulloso de haber enamorado a aquella niña de la que todo el mundo habla bien y a la que todos quieren con cariño entrañable, porque para todos tiene simpatía y amor. Joe está contento de Sally y Sally quiere a Joe, porque le quiere; ella no puede buscar ninguna otra explicación a aquel cariño tan grande que le inunda el alma y que la hace sentir misteriosas felicidades nunca hasta entonces sospechadas.

—Nena, esta noche ceno con mis amigos. Hago mi despedida de soltero. Quiero que antes de marcharnos me des un beso de despedida, pero un beso largo, dulce, sabroso, que sea el preludio de nuestra noche triunfal... ¿Quieres?... Vamos, señora de Lacey, bese usted a su futuro marido...—dice, poniéndose formal, con una cómica formalidad que convence a Sally en su titubeo.

Se besan en los labios. En aquel beso están comprendidos toda el alma de la niña y todo el orgullo del varón. Los ojos de ella se entornan deliciosamente, en un espasmo de voluptuosidad suave y amorosa; los de él relucen con una alegría pura-

mente animal, en la que no hay apenas sentimiento. Es un beso que une dos psicologías bien distintas: la de la chiquilla toda candor y la del hombre todo vanidad.

—¡Muy bien!... ¡Podríais guardar eso para más tarde!...—exclama una voz fresca y alegre, una voz que vuelve en sí a los dos amantes y que hace enrojecer un poco a Sally.

—¡Joan!—exclama Sally al ver a su amiga que, con los brazos en jarra y una mirada pícara en sus ojos alegres y optimistas, les contempla desde la puerta.

—¡Oh, Joan, tienes que darnos una oportunidad para saber si nos queremos o no!...—dice Joe bromeando.

—Está bien, creo que ya habéis tenido vuestra oportunidad... Dicen que la ocasión la pintan calva, pero creo que vosotros os la habéis encontrado con una abundante cabellera... ¡Menudo beso os habéis dado!... Si parecía de fin de serie...

Joe se marcha riendo locamente ante las ocurrencias de Joan, la simpática amiga de Sally, la que alegra toda la casa y todo el barrio y sería capaz de alegrar a todo el

mundo si tuviera fuerza bastante para correr por él con su incansable actividad. Es una mujercita encantadora, que no teme nada y que sabe enfrentar la vida con la sonrisa en los labios y la burla en los ojos. Sally quiere a aquella amiga con la que hace años comparte el pequeño piso que pagan entre las dos, cada una del dinero que gana con el sudor de su frente: Sally como profesora de baile; Joan como manicura.

Cuando las dos amigas se han quedado solas en su diminuto apartamento, Joan ha tomado la mano de Sally y le ha dicho dejando a un lado aquel tono burlón que siempre asoma a flor de labio:

—Tú y yo, querida, tenemos muchísimas cosas que hacer.

—¿Han traído ya mi vestido de novia?

—Sí; y el traje de noche también. Vas a estar preciosa con ellos. ¿Estás contenta?

—Sí, Joan, muy contenta; pero te puedo asegurar que voy a echar-te de menos... ¡Has sido conmigo tan buena y tan cariñosa!... Tú y Mopsy sois todo lo que yo he tenido en la vida hasta que conocí a Joe. Tú y mi perrito habéis sido

toda mi familia... desde que mi madre murió dejándome tan sola, tan sola, que si no llega a ser por ti me hubiera muerto de tristeza. No podré pasarme sin ti, Joan...

—Vamos, Sally, estás hablando como si nos despidiéramos para toda la vida... ¿Dónde crees que iré yo a comer cuando tú estés casada? ¿Dónde crees que iré a pasar yo mis días de fiesta? ¡Vamos, niña, que el casarse no es enterrarse para siempre!... Nos veremos como de costumbre y serenos tan buenas amigas como hasta ahora. ¡No faltaría más!...

—También tú te casarás pronto con Guss—dice Sally queriendo encontrar algo con que sincerarse a sus mismos ojos por querer más a un hombre que a su amiga de toda la vida.

—¡Oh, eso ya lo hablaremos despacio!... Es lo que yo le estoy diciendo desde hace dos años, pero él no quiere escucharme... Anda, ahora que ya te he hecho la manicura, y mira tú qué manos de reina te han quedado, ve a ponerte el vestido de novia. Quiero ver cómo te sienta.

Sally obedece a su amiga. También ella tiene muchas ganas de ver-



se con su vestido de novia. Le parece que le ha de sentar muy bien la blancura del traje, blancura que es como un símbolo de su alma buena y enamorada.

Cuando aparece con él, Joan tiene una exclamación de júbilo. Aquello parece una visión. La mira asombrada. La toca suavemente, como si tocara algo sagrado y le dice mil ternezas en aquel alocado acento en que dice todas las cosas y que tiene una expresión tan personal que nadie más que ella podría darle.

—¡Estás elegantísima!... Pareces una verdadera señora. Eso es lo que se llama chic, verdaderamente chic. ¡Mopsy, quieto, quieto, no vayas a desgarrar el vestido de tu amita! ¡Mira qué guapa está hoy, Mopsy, y qué envidia le tenemos tú y yo!...

El perro parece comprender aquellas palabras, porque gime con un gemido triste y mueve la cola rápidamente como asintiendo a lo que Joan dice.

—¿Estás contenta de que me case, Joan?

—¡Uhhh-hu!... ¿Por qué no iba a estar contenta? Y si eres muy feliz, muy feliz, como yo deseo, estaré

todavía más contenta. Espera, te tengo reservada una sorpresa. Es el regalo que yo te hago. Chica, poco dinero... ya sabes tú... Pero creo que te va a gustar. Cierra los ojos, pero no abras lo boca, que no es nada de comer...

—¿Qué es? — pregunta Sally apretando los ojos muy fuertemente para no ver lo que su amiga le prepara.

—Mira—dice Joan presentando ante ella un par de zapatitos blancos, de raso, de línea elegante, pequeños y primorosos, como conscientes de que van a ser el estuche de aquellos piecitos delicados que tejen danzas con el primor de un hada y que pisan el suelo con la suavidad de una sombra.

—¡Oh, Joan, qué bonitos!...

—Es lo mejor que he encontrado en todo el barrio. No hay otro par más lindo que éste — replica Joan sin falso orgullo, contenta de que a su amiga le guste tanto el obsequio—. ¿Te gustan?

—Son un sueño...

—Ven, quiero ponértelos yo misma para ver si están a tu medida... Ni pintados, chica, ni pintados. Estás monísima con ellos. No me digas, pero el calzado es lo que hace

a la mujer. Por esto he querido ser yo la que te regalara los zapatos, para que fueran los más elegantes y los más bonitos. ¿Qué te parecen, Mopsy?... ¡Ah, a ti no te gustan mucho los zapatos blancos!, ¿verdad?... Calla, calla, loco, que tu amita está lindísima con esos zapatos, aunque a ti no te gusten...

En aquel momento se oyó en la escalera un gran alboroto. Se escuchaban voces y música que tocaba la marcha nupcial; risas y pasos furtivos; un ruido que alarmó primero a las dos muchachas y que pronto les hizo comprender.

—Apuesto cien contra uno que todo ese ruido lo arman Joe y sus amigos que vienen a felicitarte después de su despedida de soltero...

En efecto, ellos son. Vienen en comisión armando todo el ruido que pueden. Cada uno de los amigos le dice a la novia una flor o le gasta una broma, a las que ella replica prestamente. La música la hace sonar uno que toca el acordeón con bastante acierto y los demás se unen a ella con sus voces más o menos templadas y armónicas, armando entre todos una algarabía capaz de despertar a toda la vecindad.

—¡Viva la novia!—gritan.

—¡Muchos años de dicha!... — repiten otros.

—Oye, ¿dónde está Guss?—pregunta Joan a uno de los amigos—. Cuando hay ruido estoy segura de que Guss no puede andar lejos. ¿Dónde está Guss? ¡Guss! ¡Guss!...

—¡Aquí estoy, mujer, no chilles tanto!...

—¡Si los que chilláis sois vosotros!... ¿A qué viene todo este ruido? ¡Vais a despertar a la patrona y verás entonces la que se arma!... ¡De buen genio está ella!...

—Es una sorpresa que hemos preparado a Sally. Ha sobrado cena y yo he dicho: vamos a compartirla con las muchachas y así, la despedida de soltero será más completa.

—¡Pero estas no son horas de venir a casa de unas muchachas honradas!... Ya os estáis largando por donde vinisteis...

—Mira, nena, no te enfades. Verás todo lo que traigo escondido entre los bolsillos y el sombrero; te quedarás pasmada. Hay de todo un poco: jamón, queso, fruta, dulces, emparedados... ¡y hasta spaghetti!... ¿Quieres más succulento banquete?

—¡Qué sorpresa!... ¡Oh, Guss,



eres un verdadero genio!... ¡Viva Guss y toda la pandilla!

Alrededor de la mesa se había armado un gran alboroto. Todos atacaban los manjares que habían traído, y aquel banquete que carecía de ceremonia y de cumplido, estaba lleno de alegría y cordialidad.

—¡Eh, tú, ya te has comido tu ración y ahora te vas a comer la mía!... ¡Tragón!... —gritaba Joan defendiendo su parte de la voracidad insaciable de Guss, que no comía todos los días aquellas cosas tan apetitosas.

—¡Vivan los novios!... —gritó Guss para despistar a su novia y poder tragar un buen bocado de *spaghetti*, que era su manjar favorito.

Los novios no estaban en el comedor. Sally, al oír la algarabía que armaban en la escalera, había corrido a esconderse a su cuarto, no queriendo que nadie la viera con el traje de desposada antes del día de la ceremonia. Pero Joe la había buscado y la había encontrado allí, bellísima con su traje blanco y, después de contemplarla con entusiasmo, la había besado apasionadamente.

—¡No, no, no!... ¡No debes verme con el traje de novia hasta el día de nuestro casamiento! —protestaba Sally queriendo deshacerse del abrazo que la retenía.

—¡Eso es una tontería, Sally!... ¿Qué más da que te vea hoy, si estás tan bonita? Estoy contento de que te lo hayas puesto, porque precisamente ha venido con nosotros Orv, el fotógrafo, y quiero que te saquen una fotografía con el traje de novia.

—¡Jamás!... No me dejaré retratar hasta después de casada... Ya sabes que trae mala suerte retratarse de novia antes de la ceremonia.

—Pero eso son supersticiones propias de gente ignorante, Sally, y tú no debes tenerlas. Quiero que esta misma noche te retrate. Estás preciosa, Sally, y acaso esa expresión de tu rostro no vuelva a producirse nunca.

—Te he dicho que eso trae mala suerte y no me dejaré retratar—porfió Sally encaprichada como una niña.

—Señora de Lacey... ¿va usted a desobedecer a su marido antes de contraer matrimonio con él?—

le preguntó Joe exagerando su seriedad.

—No, señor Lacey... pero es que eso trae mala suerte... y, por otra parte, todavía no es usted mi marido...

Sally salió al comedor donde estaban los invitados, tratando de huir de aquella fotografía que Joe estaba empeñado en tomarle y que ella no quería dejarse tomar, porque estaba segura de que le traería la mala suerte. Joe aprovechó aquel momento en que en el comedor había más confusión, para llevar a Orv hasta la habitación de Sally, diciéndole:

—Tú espera aquí y tenlo todo preparado. Yo la obligaré a entrar otra vez. Quiero su fotografía esta misma noche.

Todos los invitados cantaban a coro, levantando cada vez más la voz. Aquello era un escándalo inaguantable. La patrona y los vecinos vinieron a protestar. No podía dormirse con aquel ruido impropio de una hora tan avanzada. En vano Joan y Sally quisieron calmar a la patrona, que venía hecha una fiera. En vano trataron de negar que fuera allí todo aquel ruido, después de haber mal escondido a los

invitados y todos los restos del banquete. La patrona porfiaba en que era allí el ruido y que daría cuenta a la policía si no se callaban.

—¡Oh, señora Kelly, no se enoje!—intervino Sally con su dulzura habitual—. Ya se marcharán en seguida y verá usted cómo no haremos más ruido.

Entonces la patrona soltó una franca carcajada y, abrazando a Sally, le dijo:

—¡Si todo me parece muy bien para desearte la felicidad, criatura!... Hemos venido a traer los refrescos, así la fiesta es más completa. Me parece muy bien que celebres la víspera de tu boda, y me parece muy bien que estés así vestida... Pareces una muñeca. Jamás he visto a una novia tan guapa como tú.

—¡Viva la patrona!... ¡Vivan los novios!... —gritaron los invitados levantando de nuevo las copas.

El escándalo y la orgía comenzaron de nuevo. Aquello era un infierno de gritos, de risas, de felicidad.

—¿Pero quieren ustedes no armar tanto ruido?—preguntó asustada la patrona—. Tengo quejas de



todos los vecinos. Dicen que no han podido pegar los ojos desde que ustedes están aquí. Por favor, hablen más bajo.

—Señora Kelly, no hable usted en ese tono melodramático capaz de hacer llorar a las piedras—exclamó Guss que había bebido un poco más de lo necesario—. Yo tengo un corazón muy sensible y no puedo oír ciertas cosas... sobre todo dichas por una mujer tan bonita, que tiene unos ojos tan azules y la boca más encantadora del mundo... Deme un beso, señora Kelly, y le prometo permanecer mudo toda mi vida.

—¡Es usted más malo de lo que yo creía!... Usted sí que tendría que marcharse a dormir en seguida... Y a usted no es fácil que le despertara ni una ametralladora disparada a la cabecera de su cama. ¿Cuántas botellas ha bebido ya?

—No sé; pero le juro que todas eran de agua... Esos taberneros cada día falsifican más las bebidas alcohólicas...

—Pues, hijo... ¡si no llegan a falsificarlas!...

Joe no había cejado aún en su empeño de retratar a Sally aque-

lla noche; la perseguía, la asediaba, la iba cercando con una táctica pertinaz.

—Te juro que eso no trae mala suerte. Eso sólo podéis creerlo las chiquillas del pueblo...

—Y yo te digo que trae mala suerte... No quiero, Joe, no quiero retratarme.

—Pero déjala, hombre, si ella no quiere...

—Quiero yo y basta —replicó Joe con altivo orgullo—. No sé por qué ese capricho tonto.

—Pues yo no quiero, ea, no quiero, porque trae mala suerte y yo no quiero ser desgraciada...—porfiaba Sally escapando del lado de su novio para evitar que pudieran cogerla por sorpresa.

—Es una testarudez incomprendible —afirmó Joe, corriendo tras Sally.

La chiquilla huía asustada, tratando de escapar, huía alocadamente y, en su huída, salió al balcón, dió un paso en falso por entre las escaleras auxiliares para los casos de incendio, y antes de que nadie pudiera evitarlo, cayó a la calle desplomada.

Un grito de horror salió de todas las bocas. Joan se precipitó por la

escalera y bajó rápidamente seguida por Joe y por todos los invitados. Fué Joan la primera en llegar junto a Sally que estaba intensamente pálida y tenía los ojos cerrados. Parecía que estaba muerta. Joan lloraba tratando de contener su llanto y queriendo hablar a su amiga para darle fuerza y ánimo, que ella misma no tenía:

—Sally, Sally... querida... soy yo, Joan... ¿No me conoces?... Sally... ¡Oh!, ¿quién me ayuda a recogerla?... ¡Sally, Sally!... Id a buscar a un médico, de prisa... No está muerta, de prisa, de prisa, un médico... ¡Sally, soy Joan, soy Joan!... ¡Mírame!... ¡Háblame!... ¡Sally!

Joan mordía sus labios para ahogar los gritos de dolor que querían escapar de su pecho. Aquella desgracia la afectaba de un modo directo, muy directo, porque Sally era para ella más que una amiga, era como una hermana y una madre, una madre muy dulce y muy buena que la había consolado mucho en sus horas de soledad.

Joe se cubrió el rostro con las manos y murmuró:

—¡Es espantoso!...

Y Mopsy se acurrucó dolido y

medroso junto al cuerpo inerte de Sally, llorando en silencio con ese llanto de perro fiel que tiene tanto de humano y que pudiera ser una gran lección de ternura y de cariño para muchos corazones áridos y desagradecidos...

\* \* \*

En el hospital Sally convalece. Los médicos han hecho por ella todo cuanto la ciencia les ha permitido hacer. La rotura de la rodilla ha ofrecido serias dificultades para poder soldarla. Se le ha hecho una delicada operación y, a pesar de todos los cuidados y de todos los desvelos, la rodilla ha quedado anquilosada en un gesto violento y una pierna permanecerá para siempre más corta que la otra. Sally no conoce su desgracia. Convalece con una convalecencia dulce y suave, como son las convalecencias de las largas enfermedades o de las operaciones dolorosas. Ha sufrido mucho. Y ahora siente la dicha del no sufrir, dicha que sólo puede conocerse después de uno de esos grandes dolores físicos que nos destruyen el cuerpo.



Los médicos están de acuerdo. No se puede hacer por aquella niña más de lo que se ha hecho. Por última vez, y después de haber examinado detenidamente la rodilla enferma, los médicos del hospital se han reunido en consulta mientras la chiquilla espera pacientemente el veredicto científico.

Cuando el médico director comparece ante ella, Sally le sonríe y le pregunta:

—Y bien, doctor, ¿qué opinan ustedes?... Pero no se inquiete... yo sé bien cuál es su opinión.

—¿De veras?—pregunta el médico sintiendo un momentáneo alivio de no tener que dar él la mala noticia—. ¿Y cuál cree usted que es nuestra opinión?

—Yo creo que me va a decir usted que muy pronto estaré completamente restablecida y que podré comenzar de nuevo a dar mis clases de baile. ¿No es eso?

—Estoy contento de que sea usted una mujercita fuerte y optimista—dijo el doctor que volvió a sentirse desfallecido, ante la ingenuidad con que la niña le hablaba de una cosa tan seria y tan sin remedio como la suya—. Pero no debemos precipitar las cosas. Su caí-

da fué muy seria y la rodilla tardará aún algún tiempo en obedecer a su voluntad...

—¿Pero podré comenzar pronto mis clases de baile, doctor?—preguntó Sally que estaba impaciente por conocer aquello que para ella tenía la mayor importancia.

—Hay que esperar... hay que esperar—murmuró el doctor sin saber cómo enfrentar el asunto.

—¡Pero, doctor, yo no me llamo Sally Rockefeller!... Yo soy una pobre mujer que me gano la vida con mis clases de baile... Claro, también me la puedo ganar por una temporada haciendo muñecas... —murmuró luego tratando de darse ánimos—. Mire, éstas las he hecho durante mi convalecencia... ¿Qué le parecen? ¿Se pueden vender?

—¡Magnífico!... Ese es un trabajo que puede usted hacer cómodamente sentada y que le producirá también buenas ganancias. Le quedan muy lindas. Podrá usted ganar mucho con ellas.

—Sí... en espera de que me ponga bien y de que pueda reanudar mis clases de baile—dijo Sally, como si tuviera la obsesión del baile o como si presintiera que ya nunca más podría volver a bailar.

Una enfermera se acercó en aquel momento al doctor y le entregó un paquete.

—Han traído esto para usted, doctor—le dijo, entregándoselo al médico, que tomó el envoltorio y lo contempló con una mirada triste. Pero era preciso tener valor. No podía dejarse vencer por un sentimiento ridículo de compasión. La vida tiene esas crueldades y no era aquella la primera que el médico presenciaba. Sin embargo, aquella criatura era tan dulce, tan buena, tan suave, que le daba pena tenerle que ocasionar aquel dolor tan grande que no sabía si podría resistir. Sabía que Sally era valiente; pero sabía también lo duro que es para una mujer joven y bonita verse para siempre supeditada a una desgracia como la que afligía a Sally.

—Sally—comenzó diciendo con una voz grave que puso en guardia a la niña—, como le he dicho, su caída fué muy grave y la operación a que la hemos sometido ha sido también muy delicada. Las cosas no pueden curarse tan rápidamente como uno desearía... Ahora, de momento, tendrá usted alguna dificultad para andar porque... porque la

pierna ha quedado un poco encogida... y para evitarle molestias le hemos hecho construir estos zapatos especiales que facilitarán su marcha... Aquí están, pruébelos usted para ver si le están bien.

Sally miró con los ojos llenos de lágrimas aquellos zapatos que el doctor le presentaba: uno de ellos tenía una suela muy gruesa de corcho y un gran tacón que supliría todo lo que la pierna no podía dar de sí. Ahora comprendía la extensión de su desgracia y Sally no podía contener su llanto. ¡Estaba coja, y acaso coja para siempre!... Ya no sería la niña ágil que bailaba todo el día como una mariposa y que corría locamente ante los discípulos, que la miraban y aprendían de ella los pasos cadenciosos y los movimientos rítmicos. Ahora sería la cojita a la que todos miran con compasión, a la que todos contemplan con un poco de desdén... ¡Ya no sería como las demás muchachas de su edad!...

Miraba los zapatos que estaban en manos del doctor y se acordaba de aquel par de zapatitos blancos, tan primorosos, tan perfectos, tan elegantes que Joan le había regalado para el día de su boda. Hoy,



como aquel día, Joan, arrodillada ante su amiga, intenta probarle el zapato. En los labios de aquella criatura jovial no asoma la sonrisa, ni acuden a ellos las palabras confortables y amables que quitaban asperezas de la vida y que siempre habían sabido dar ánimo. Ahora Joan estaba silenciosa y triste, mientras calzada a la pequeña Sally la bota de gruesa suela y alto tacón de corcho.

—¡Qué diferencia de mi par de zapatitos blancos! —suspiró Sally mirándose el pie deforme y extraño que le quedaba con aquella bota.

—Pero eso será sólo temporalmente, querida—le dijo Joan tratándose las lágrimas y tratando de sonreír—. ¿Verdad, doctor, que eso pasará pronto?

El doctor carraspeó y titubeó un momento. No quería dar esperanzas a aquella criatura que habían de ser una nueva tortura para su corazón. Y le dolía tenerle que confesar la verdad.

—Sí... no...—murmuró—. La rodilla es un mecanismo tan delicado, tan complicado al mismo tiempo... Cuando algo se estropea en ella es difícil componerlo, muy difícil...

—Doctor, no tema, dígame toda la verdad; es preferible conocerla ya de una vez—murmuró Sally, comprendiendo demasiado bien lo que el médico quería decir con aquellas evasivas que ocultaban mal la verdad.

—Lamento mucho tener que decirselo, Sally, pero su rodilla le dará siempre alguna molestia; quizás con los años se corrija algo, pero nunca volverá a tener la flexibilidad y distensión necesarias.

—¿Así... así quiere usted decir que Sally?...—preguntó Joan que aun conservaba alguna esperanza de salvación para su amiga—. ¿Sally permanecerá para siempre... así?... ¿Para qué sirven, pues, los médicos? —exclamó enfurecida contra el destino y contra la impotencia de aquellos que consumían su vida en el estudio y que eran incapaces de librar a una criatura bella y delicada como Sally de la pena terrible de una cojera eterna.

—Hemos hecho todo cuanto hemos podido—replicó el médico mirando seriamente a Joan que tenía una llama de ira en sus ojos—. Sólo hay uno o dos grandes operadores que acaso hubieran podido

obtener mejor resultado que nosotros en este caso.

—¿Y por qué no les han consultado? ¿Por qué no les han hecho venir para que la operen a ella?

—Señorita, porque están en Europa y está fuera del alcance de nuestras posibilidades hacerles venir.

—¡En Europa!...—exclamó Joan con desaliento.

—Sí, el doctor Perenz, de Viena, hubiera tenido mejor éxito que nosotros, porque está especializado en todas las enfermedades y roturas de los huesos y tiene un talento poco común en ese terreno.

Joan y Sally quedaron hundidas en una larga meditación. Joe les sacó de ella. Joe había ido todos los días al hospital a enterarse de cómo seguía su novia. Hoy era el primer día en que iba a conocer la desgracia que afligía a la niña y que a él había de afligirle también.

—¡Hola, Joe! —exclamó Sally tendiéndole la mano con ternura y con tristeza.

—¡Hola, Sally!... ¿Qué te ha dicho el doctor? ¿No te ha dado buenas noticias? ¿Cuándo podrás comenzar a caminar?

—La desgracia ha sido total, Joe

—dijo Joan contestando por su amiga que no podía hacerlo porque el llanto le quemaba los ojos. —Seguramente Sally no volverá a andar bien en toda su vida...

Sally, silenciosamente, mostró a su novio el pie calzado con el horrible zapato, con aquel zapato que adquiriría a los ojos de la niña proporciones terribles y que era como un cilicio que le obligaran a llevar en cumplimiento de algún voto terrible o de algún castigo cruel.

—¡Oh!... Pero no vas a decirme que eso será para siempre... ¡No tendrás que llevar siempre ese aparato espantosamente feo!

—Es la última moda para las damas —contestó Sally sonriendo bondadosa a fin de quitar amargura a aquella confesión—. Así podré andar con más comodidad, Joe, porque sin el zapato tendría que andar con muletas.

Joe calló unos momentos, sin apartar su vista del zapato, del zapato que asomaba bajo la manta que cubría las piernas débiles de la convaleciente. Luego, como si continuara en voz alta un monólogo sostenido consigo mismo, dijo:

—Bien... ¡qué le vamos a hacer!... Eso no será impedimento pa-



ra que nos casemos... Estoy dispuesto a cumplir mi palabra... a pesar de eso...

—¿Dispuesto a cumplir tu palabra? — preguntó Sally irguiendo cuanto pudo su cuerpecillo menudo y mirando a su novio con las pupilas dilatadas por la amargura que le producían aquellas palabras—. ¿Es todo cuanto se te ocurre decirme?

—Escucha, Sally, cuando Joe Lacey da su palabra de cumplir una cosa, la cumple siempre. Te prometí pagar todos los gastos de hospital, y ya ves cómo he cumplido.

—¡No faltaba más! ¡Era tu deber!—gritó Joan a la que empezaban a desesperar las palabras indiferentes del muchacho.

—Por eso estoy dispuesto a cumplir con todo...

—¡No, así no!—dijo Sally queriendo abreviar una escena que se le estaba haciendo harto más dolorosa que su propia desgracia física, porque aquello era la ruina total de sus más caras ilusiones—. Comprendo perfectamente los buenos sentimientos que te inspiran, pero no quiero aceptarlos. Mejor es que todo haya sucedido así... Si nos

hubiéramos casado y eso hubiera ocurrido después, hubiera sido mucho más terrible... Ahora aun es tiempo para poner término a una cosa que pudo haber sido y que ya no será nunca.

Joe miró a Sally con una mirada un poco confusa. Su orgullo de hombre se resentía de la desgracia de la pequeña. ¡Cargar él para siempre con una cojita!... Aquello era superior a sus fuerzas, puesto que si Sally le hacía feliz era porque hasta entonces la había visto codiciada por todos, porque era bonita, porque era encantadoramente bonita...

—Bien—dijo, después de un breve silencio—, bien, pero no olvides que eres tú la que quiere que así sea... No vayas luego a decir que he sido yo el que no ha querido casarse. La palabra es palabra... ya lo sabes, y Joe Lacey sabe siempre cumplir con ella. Pero si tú no quieres...

—Claro, claro, soy yo la que no quiere... —murmuró Sally procurando contener sus lágrimas—. Soy yo la que no quiere...

—Bueno, pues prepárate y te acompañaré hasta tu casa... Luego nos separaremos; será mejor que no

nos veamos en algún tiempo... Así las cosas se arreglarán mejor... Vamos, date prisa.

—No, no puedo aún salir de aquí... Tengo algunas cosas que hacer... Además, no quiero causarte ninguna molestia. Pongamos fin a esta escena, pronto, lo más pronto posible, Joe.

—Pero es que...

—No te preocupes, que ya cuidaré yo de Sally y la llevaré hasta su casa y seré para ella lo que siempre he sido, porque a mí no me importa que lleve una bota con tacón de corcho ni que al andar tenga una leve dificultad... Vete, vete enhoramala—exclamó Joan que estaba indignada con lo que Joe hacía con aquel ángel que sólo merecía bondad y en el que el destino se cebaba duramente.

—No, no, quiero conducirla yo hasta su casa. Ya me esperaré—replicó Joe, al que aquella generosidad le parecía magnánima y lo bastante grande para quitar el mal efecto de su conducta.

—Por favor, Joe, prefiero que te marches... No te necesito... Joan y yo nos arreglaremos muy bien... Te lo suplico; pongamos fin a todo esto... Es ya demasiado para mí.

Sally rompió a llorar amargamente, con toda la amargura que se encerraba en su corazón destrozado por su primer desengaño de amor, Joe se puso en pie, la contempló, bajó luego los ojos como si no quisiera ver aquel rostro contraído por la pena, y murmuró entre dientes, precipitando las palabras y marchando rápido:

—Está bien, si has de ponerte así, mejor es que acabemos en seguida... Adiós, Sally.

—Adiós, Joe—contestó Sally sin tenderle la mano ni levantar a él sus ojos húmedos y entristecidos.

Joan siguió a Lacey hasta la puerta y entonces, deteniéndole por el brazo, le dijo, arrojándole las palabras al rostro:

—¿Quieres que te diga lo que pienso de ti? ¡Que eres un canalla, un infame, un cobarde! Y no te digo más para que Sally no me oiga, pero podría estar diciéndote cosas así hasta pasado mañana y aun me quedaría corta para lo que te mereces.

Luego volvió junto a su amiga, que seguía llorando en silencio, y le dijo, con aquel tono zumbón con que solía hablar siempre a Sally,



como si hablara a una niña mimada y enferma:

—Vamos, querida, te felicito; es el éxito mayor que has tenido en tu vida... Has hecho bien en quitarte de delante a ese estúpido... ¡Valiente mamarracho ibas a pillar, si te llegas a casar con él! No te preocupes por todo eso...

—¡Pero es que me preocupa y me duele, Joan, me duele en lo más hondo de mi alma!... ¿Cómo quieres que no piense en ello?... Ahora tendré que pensar en tantas cosas distintas... Me he de acostumbrar a vivir sin Joe... y a no bailar nunca más...

—Mira, no hables así porque me vas a poner triste a mí también. Ea, basta ya, ¿no ves? ¡Si yo también estoy llorando!...

—No, Joan, no me hagas caso... No estaré triste nunca más... Ya verás cómo también me ganaré bien la vida haciendo muñecas y cómo aun podremos ser muy felices los dos... muy felices.

—¿Entonces, me prometes no llorar nunca más?

—Prometido, Joan.

—Pues voy a hacer tus maletas. Esos pícaros de médicos ya te han hecho todo el daño que te podían

hacer. Ahora ya nos podemos marchar contentas...

Joan marchó rápidamente hacia las habitaciones para empaquetar todo lo perteneciente a su amiga y poder salir del hospital cuanto antes. Sally se levantó despacio de su silla de convaleciente, se miró el zapato deforme, intentó dar unos pasos para acostumbrarse a andar con él y, dejándose caer sobre aquella silla en la que desearía quedar sepultada para siempre, sollozó desesperada, con sollozos que la ahogaban y que no trataba de reprimir, porque ahora no estaba Joan con ella para obligarla a fingir una serenidad que acaso jamás volviera a encontrar.

\* \* \*

La pena grande, con el paso del tiempo, fué tornándose paz en el corazón, todo ternura y todo bondad de la pequeña Sally. Se había casi acostumbrado a la obligada inmovilidad de las horas en que se dedicaba por entero a confeccionar las muñecas que la ayudaban a vivir. Se había casi acostumbrado a no salir de casa, a estar tras los

cristales de la ventana viendo cómo los niños corrían por la calle en sus juegos infantiles, cómo los transeúntes marchaban con paso rápido y sereno, con aquel paso que ella jamás volvería a dar, y tenía una sonrisa melancólica y dulce cuando pensaba que ella era una pobre inválida, obligada a permanecer sentada en una silla cuando su alma danzaba locas y desenfrenadas danzas, pensando que era aún la profesora de baile de hacía unos meses y no la infeliz imposibilitada que necesitaba del grueso zapatón para caminar con dificultad por las habitaciones.

Sally no quería moverse de casa. En vano Joan había pretendido hacerla salir para que encontrara distracción o para que no se consumiera en la soledad como una flor a la que le falta el aire y el sol y que se marchita en el rincón del invernadero donde el jardinero la dejó olvidada. Sally no quería salir. Le daba una pena honda tener que marchar por las calles con su paso lento de coja, haciendo gruñir el corcho del zapato que parecía empeñado en querer denunciar su defecto aun antes de que los demás pudieran darse cuenta de él.

No tenía la tristeza desesperada de los primeros tiempos. Ahora la invadía una tristeza melancólica y dulce que a veces se deshacía en lágrimas, cuando Joan no la podía ver, y a veces cuajaba en una sonrisa mustia que se esparcía por todo su rostro y que lo inundaba de ternura y de belleza.

Pasaba la mayor parte del día sentada tras los cristales de su ventana. Así estaba menos triste, porque el movimiento de la calle llevaba a ella el ritmo de la vida que pasaba y que ella veía pasar sin poder tomar su parte de juventud y de dicha. Le gustaba ver a los niños como jugaban y le gustaba escuchar a lo lejos la voz del vendedor de helados, del popular vendedor de "corazones", como Jimmy llamaba a los helados que él vendía y que tenían la forma de un corazón. Era un muchacho muy joven y muy pintoresco. En el barrio todos le conocían y le apreciaban y cuando su grito característico se dejaba escuchar a lo lejos, todos los chiquillos echaban mano a su bolsillo para bucear en ellos y ver qué era lo que podrían ofrecer a Jimmy a cambio de un "corazón".



Jimmy iba en su carrito blanco y gritaba con una voz clara y potente:

—¡Quién quiere un corazón!... ¡Al rico helado!... ¡Quién quiere un corazón!... ¡A cinco céntimos uno!...

Los chiquillos se precipitaban en torno al carro y ofrecían sus mercancías.

—Jimmy, te cambio estos tornillos por un corazón—decía un pequeño.

—¡Vengan los tornillos, muchacho!...

—¡Jimmy, yo te daré este níquel si tú me das un corazón!... Es un níquel falso, pero yo te lo cambio con gusto...

—¡Ah... ja!... Dame el níquel y ahí va el helado...

—¡Eh, Jimmy!... Hazme subir por ese muchacho dos corazones... ¡Toma, ahí van los diez céntimos!... —gritaba un hombre desde la ventana de un piso alto.

Y las mujeres, y las jóvenes, y los ancianos y los niños, todos acudían al grito del mantecadero que se captaba todas las simpatías y que vendía a fianza su mercancía.

—¡Vengan todos aquí!...—gritaba Jimmy sonriendo con su boca

grande que descubría una dentadura perfecta—. ¿No son estos los helados mejores que se venden en el mundo? Eso es lo que afirman todos los que los han probado... Y el que lo come, repite, si el bolsillo lo permite...

Celebraba la vecindad con francas carcajadas los dichos del muchacho y él vendía a todos, los "corazones" helados, que desaparecían rápidamente en las horas sedientas.

—¡Jimmy, Jimmy!... ¡Yo tengo un níquel bueno y quiero comprar un "corazón"!—gritó, desde las últimas filas, un mocito de cuatro a cinco años.

—¡Abrid paso a ese cliente que paga al contado!—replicó Jimmy con grandes muestras de júbilo—. No se encuentran todos los días clientes que paguen al contado. ¿Nadie más tiene níqueles buenos? Porque siempre os he de vender de fiado y ya sabéis que el crédito conduce siempre a la bancarrota.

Sally, desde la ventana de su obrador, miraba y oía a Jimmy y se reía de aquellas ocurrencias y encontraba simpatiquísimo a aquel muchacho que daba la alegría a los pequeños y a los mayores y que

conservaba para sí un gran caudal de optimismo. Jimmy estaba siempre contento. Sally le envidiaba un poco aquella cualidad.

—¡Mantecao!... ¡Mantecao!... ¿Quién quiere el rico helado? —gritó Jimmy con toda la fuerza de sus pulmones, ya muy cerca de la ventana de Sally, en el momento en que Joan entraba en el obrador.

—¡Ya está ahí ese latoso!—exclamó Joan que no tenía ganas de broma cuando veía a su amiga eternamente sentada en aquella silla que parecía ya formar parte integrante de su persona—. ¡Menudos gritos da!... ¡Como si tuviera tan bonita voz! Tendrían que dictar una ley suprimiendo esos pregones callejeros.

—¿Por qué, si son tan bellos? —preguntó Sally mirando a su amiga—. Tú no puedes alcanzar el encanto que tienen, porque tú vives de todo lo que yo no puedo vivir... Por eso para mí tienen alma muchas cosas que a vosotros, los que no tenéis una desgracia que os aflija, os pasan inadvertidas.

—¡Ah... ja!... ¿A ti te gusta?—preguntó Joan mirando a su amiga con una mirada un tanto burlona.

—Pues por mí ya puede cantar todo el día. Ea, ya le tienes ahí, dile algo.

—¡Hola!—gritó Jimmy desde la calle, saludando graciosamente a Sally y a su amiga—. Le traigo a usted a una paciente... a ver si tiene compostura—añadió, mostrando una muñeca harto estropeada—. Vamos, niños, dejadme en paz ahora, que se trata de un caso de vida o muerte—dijo, dirigiéndose ahora a Sally que le escuchaba con la sonrisa en los labios y acaso olvidada en aquellos momentos de su desgracia y de sus tristezas—. Doctor, creo que tiene usted una larga experiencia en casos difíciles, pero no sé si su ciencia alcanzará a poner remedio a este cuerpo destruido.

—¿Tiene usted hora para que el doctor le pueda atender?—preguntó Sally siguiendo el juego y hablando con una cómica seriedad.

—No tengo hora, pero éste es un caso de urgencia. No podemos dejar morir al enfermo...

Tomó la chiquilla en sus manos la muñeca que Jimmy le alargaba y que presentaba serios deterioros, y diagnosticó, con voz campanuda y grave:



—Muy grave, muy grave... fractura del cráneo...

—Sí, creo que ha sido víctima de unos pistoleros... ¿Hay esperanza de salvación, doctor?

—No puede decirse nada todavía. Hay que someter al enfermo a una delicada operación. Sólo después de ella, y cuando se haya visto el resultado, podré dar mi opinión... Creo que será preciso cambiarle la cabeza, y esto es siempre una delicada operación.

Los dos se rieron como dos chiquillos felices. Jimmy se apoyó en el alféizar de la ventana y después de haber contemplado un rato cómo trabajaba Sally, le dijo:

—Su trabajo es una cosa deliciosa, porque con él hace felices a infinidad de chiquillos...

—También usted les hace felices con sus helados...

—Sí... pero lo mío no es más que un peldaño para subir más alto... Tengo muchas y grandes aspiraciones... Cualquiera día me van a nombrar administrador del distrito y entonces ya no saldré por las calles cantando mi mercancía... Y entonces cobraré catorce escudos a la semana.

—¿Catorce a la semana? ¡Pero eso es una fortuna!...

—Claro... y tendré una oficina particular y seré una persona de mucha importancia. Entonces me encontrarán a faltar en el barrio, ¿no es cierto?

—¡Oh, sí, todos le echaremos en falta!—suspiró Sally con ingenuidad.

—Es que le gustan mucho sus helados, míster Tibbet — explicó Joan para ayudar a su amiga, que se había sofocado inmotivadamente.

—No me llamo Tibbet, señorita, sino Flaherty, Jimmy Flaherty.

—¡Ah, eso suena muy bien!...— exclamó Joan.

—Míster Flaherty, míster Flaherty, mire usted todos esos muñecos, ¿qué le parecen?—le preguntó Sally mostrándole lo que ella llamaba su "prole".

—¡Magnífico!... Tiene usted muy buen gusto... Pero preferiría que me llamara usted Jimmy, Jimmy simplemente. ¿Quiere que le haga una confesión?

—Sí.

—Como no sé su nombre le he puesto un apodo.

—¿Y cuál es?

—"Cara de ángel". Como siem-

pre la veo asomada a esta ventana, mostrando su carita tan bella, que parece la de una criatura celestial, pues se me ocurrió llamarla así: "Cara de ángel". ¿Qué le parece si esta noche saliéramos juntos a pasear? Usted se pasa la vida co-siendo; justo es que se dé un rato de expansión. ¿Quiere que salgamos?

—¡Oh, no, no!... Dejemos las cosas tal como están y no nos empeñemos en pedir más de lo que tenemos.

—Pero, chiquilla, es que me gustas mucho y me interesas... Quisiera que fuéramos buenos amigos. ¿No te gustaría ir a bailar conmigo? ¿No te gusta el baile?

—No... no mucho—replicó Sally bajando los ojos entristecida súbitamente al recordar su desgracia.

—Pero le encanta ir a pasear en automóvil — añadió prontamente Joan que quería obligar a Sally a salir de casa y a buscarse una distracción—. Podría usted invitar a "Cara de Ángel" a pasear en auto esta noche. El diario dice que hará buen tiempo, seco y fresco.

—¡Joan, no, no quiero salir!— imploró Sally mirando a su amiga

con aquella mirada húmeda que tanta bondad daba a su rostro.

—¡Magnífico!—decía Jimmy al mismo tiempo—. A las ocho en punto estará aquí y daremos un paseo delicioso.

—Por favor, Jimmy, es que yo, no quisiera...

—Sí, sí, saldrá con usted, lo está deseando, pero no lo quiere demostrar. Yo le prometo que saldrá con usted—dijo Joan decidida y resuelta.

—Entonces, es cosa convenida. Hasta luego... Espere un momento, les voy a dar un helado a cada una. Para que se lo coman a mi salud. ¡Hasta luego, "Cara de Ángel"!...

Jimmy partió con su carrito de "corazones", con su carrito de mantecadero, lanzando al aire el gracioso pregón de su mercancía:

—¡Quién quiere corazones!... ¡A cinco céntimos los mejores corazones de todo el mundo!

Sally volvió el rostro a su amiga.

—Joannie, ¿por qué has hecho eso?

—Porque debes salir de estas paredes y ese muchacho es muy bueno y muy simpático y deberían darle un premio por lo bien que



lanza su pregón. Vamos, vamos, Sally, no seas tan pusilánime... Ya verás cómo pasarás una buena noche. ¡Paseo en auto a la luz de la luna!... ¡Quién estuviera en tu lugar!...

—No te burles de mí.

—Te digo la verdad... Pero, mira a ese Mopsy... ¡Qué demonio de perro!... Ha hecho caer a aquel hombre que iba con un cajón de cerveza al hombro... ¡Claro, como que va con zapato blanco!... ¿Pero qué manía tendrá Mopsy a los zapatos blancos?

—¡Oh, y se va a vengar de Mopsy!... ¡Le pega!... ¡Lo va a matar! —grito Sally viendo cómo el hombre, después de haberse levantado del suelo, corría tras el perro loco de furia—. ¡Detenedle, detenedle, va a matar a mi perro!...

Jimmy había oído el alboroto y volvió sobre sus pasos, reconoció al perrito de su nueva amiga y, queriendo dar muestras de que valía para algo más que para vender helados, se enfrentó con el hombre y de un directo magnífico le tendió en el suelo. Presto volvió a levantarse el gigantón, abalanzándose sobre Jimmy con la misma furia con que iba a hacerlo sobre el perro;

pero Jimmy era fuerte y ágil y pudo vencerle tras una lucha que duró breves momentos y que Sally siguió con el alma puesta en sus ojos.

—¡Oh, Jimmy!... ¿Se ha lastimado usted?—le preguntó cuando le vió ya fuera de peligro.

—¿Lastimarme yo?... ¡No, “Cara de Angel”!... Siento mucho haberle hecho pasar este mal rato, pero había que dar una lección a ese bruto. Además, cuando se revuelve en mí mi sangre irlandesa, todo lo veo rojo y sería capaz de matar a media humanidad—añadió, con humor, riéndose francamente.

—Pues mire, cuando sienta esos ímpetus le recomiendo que primero cuente hasta diez; verá cómo se le calman.

—Cuenta hasta diez si es usted capaz de contar en esos momentos de furia—rió Joan.

—Soy capaz de contar hasta mil, si “Cara de Angel” me lo manda... Hasta la noche, nena.

—¡Oh, no...!—protestó levemente Sally.

—Que en el lenguaje de los ángeles quiere decir “¡oh, sí!”...—replicó Joan, burlándose de su amiga.

El pregón del mantecadero se perdió en la lejanía de las calles, seguido por el corazón de Sally, que se había prendido en la música de aquella voz, la primera que resonaba amablemente en su alma después de la gran catástrofe de su vida.

—Joan, aunque tú te empeñes, esta noche no saldré con Jimmy—dijo, cuando ya no se oyó la voz del muchacho.

—Y yo te digo que saldrás. Ya es hora de que te olvides un poco de ese defecto físico que apenas lo es.

—Pero... pero será como si yo le hubiera mentado... y quizá si él sabe que soy cojita tampoco querrá ser amigo mío, ni querrá salir conmigo por esas calles de Dios...

—Querrá salir contigo y estará orgulloso de salir contigo. No hay en todo el barrio una muchacha más bonita que tú. Y ese muchacho es bueno. Incapaz de cometer una villanía, como el otro.

—¡Joan!...

—Hija, a cada cosa hay que darle su nombre. ¿Quién llamará ahora por teléfono?... Diga... no, no soy Sally, soy Joan, su amiga...

¡Ah, sí, sí, doctor, iremos iremos!... Buenas tardes.

—¿Quién era?

—¡Buenas noticias, Sally!... Era el doctor Spear que quiere hablar con nosotras. La próxima semana llega el doctor Perenz, aquel gran doctor de que nos habló cuando te operaron... ¡Sally, querida, quizá dentro de muy poco tiempo podrás andar como todos!... ¡Qué contenta estoy!—gritó Joan dando una serie de vueltas de baile en torno de la habitación y haciendo mil piruetas que no lograron hacer asomar la sonrisa a los labios de Sally.

—¡Pero Joan, esta noche... esta noche él sabrá!...

—No sabrá nada. Seguiremos engañándole como hasta ahora. Déjame por mi cuenta. Yo te voy a arreglar de modo que Jimmy no se entere de nada. Hasta que hayamos visto al doctor Perenz y él te haya convertido otra vez en una persona normal.

—Pero es que yo no quiero engañar a nadie...

—¡Engañar!... Vamos, chiquilla, ninguna mujer logra enamorar a un hombre sin engañarle un poco... Y si no quieres engañar comienza por tirar el lápiz de los labios y el



rouge de las mejillas... Todo eso son engaños, según tú... Ocultar un defecto no es engaño, es coquetaría. Y ya verás tú cómo Jimmy no se entera por hoy de la existencia de ese zapatito que tanto te atormenta. Ahora vamos a hablar con el doctor Spear y luego yo te arreglaré para cuando venga Jimmy.

El doctor Spear explicó a las dos jóvenes que en breves días iba a llegar el doctor Perenz y que si Sally quería podía someterse a una intervención quirúrgica efectuada por aquel médico de fama que podía devolver a la pierna su elasticidad y su primitiva contextura.

—¿Usted cree que si me someto a esa operación podré caminar como todo el mundo y volver a mis bailes? —preguntó Sally con alegría. Pero en seguida se volvió a entristecer—. Es inútil hablar de eso—dijo—, porque una operación así resultaría demasiado cara para mí, que no soy más que una pobre obrera.

—No, señorita, el doctor Perenz cobra sus honorarios según las posibilidades del cliente y tratándose de un caso como éste, en el que encontrará cosas muy interesantes que estudiar, seguramente lo hará sin

cobrarle más que los gastos de clínica... unos quinientos dólares en conjunto.

—¡Pero es que yo no tengo quinientos dólares!...

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Joan que ya había hecho cálculos en su imaginación rápida y vivaz—. Tú tienes doscientos veinte, ¿no es cierto? Yo tengo ahorrados ciento seis. Y Guss, aunque es muy pobre y no sabe guardar su dinero, también tendrá lo suyo arrinconadito. De modo que entre todos, y con un poco de esfuerzo que hagamos hasta que llegue el doctor Perenz, podremos tener ahorrada esa cantidad. Tendremos el dinero, ¡vaya si lo tendremos! ¡Aunque tenga que ir a robarlo!...

—¡Joan!...

—Claro que no lo robaré, pero puedes estar segura de que tendremos el dinero. Gracias, doctor. Estoy más contenta yo que la enferma. ¿Ha visto usted nunca una cosa más loca y absurda? Pues así es... Ella está triste y yo me vuelvo loca de alegría. El dinero lo encontraremos. Esté seguro de que lo encontraremos, doctor.

El médico contempló con una sonrisa de simpatía a aquellas dos

criaturas valientes y dignas, que se apoyaban mutuamente para marchar por la vida que para ellas no se mostraba siempre camino de rosas, pero de la que sabían sortear con gracia exquisita las espinas que les salían al paso.

Joan se entrevistó con Guss y le expuso la situación haciéndole ver la absoluta necesidad de reunir aquel dinero antes de que el doctor Perenz llegara. Guss escuchaba y sacaba cuentas. El, lo único que sabía hacer era jugar a cartas y aun así casi siempre perdía. Pero prometió hacer cuanto pudiera para ganar aquel dinero que les faltaba.

—Bueno, pues ahora márchate, porque esta noche la señorita Sally se va de fiesta y tengo que arreglarla —dijo Joan mostrando a Sally que acababa de entrar.

—No, no salgo, decididamente no salgo—dijo Sally con una terquedad de niña.

—Decididamente, sales. Vete, Guss, que la señorita se tiene que vestir.

—Quisiera que me dieras cinco dólares para comprar una baraja nueva con la que dicen se gana siempre, Joan.

—No te doy los cinco dólares. ¿Cómo puedo creer yo en esas parruchas?

—¿Qué es lo que oigo? ¿He entendido bien?—preguntó Guss fingiendo una gran extrañeza.

—Has entendido perfectamente. No te doy los cinco dólares.

—Mira que acaso dejas escapar la gallina de los huevos de oro...

—La doy por perdida. Vete, que nos estás estorbando.

Salió Guss descorazonado y Joan se dispuso a vestir a Sally, que no quería salir y no quería salir...

—Ya ves que soy el generalísimo de este cuartel. Lo mismo que me ha obedecido Guss me vas a obedecer tú. Siéntate.

—¿Qué vas a hacer? ¿Ponerme las botas de agua? ¡Pero si no llueve!...

—No importa. Esta noche las llevarás. Las botas de agua tapan tu bota deforme y Jimmy no se enterará de su existencia, ¿comprendes? Además, hay signos infalibles de que va a llover.

—Pero si has dicho que en el diario viene el anuncio de tiempo seco y bueno...

—Es el signo más infalible de que esta noche va a llover...



A Sally no le quedó más remedio que obedecer a su amiga, que la vistió y la arregló con el mismo primor con que ella arreglaba y vestía a sus muñecas. Cuando se miró ante el espejo se sonrió a sí misma. No caminando nadie hubiera podido adivinar que estaba cojita. ¡Joan era una amiga genial! Y Sally la besó fervorosamente.

\* \* \*

Jimmy quedó sorprendido al saber que el director de la productora de helados deseaba hablar con él y se encaminó al despacho de míster Schaubert, tarareando su pregón con aquel aire de hombre feliz que le captaba todas las simpatías.

—Jimmy, quiero hablar contigo acerca del distrito que tú recorres. Me han dicho que vendes a crédito mucha mercancía...

—Sí, señor, pero con ello no hago más que nuevas ganancias para la casa. ¿No sabe usted que la prosperidad de un país está basada en el sistema de crédito? Cuando logro un cliente al que le doy crédito he conseguido no sólo un cliente, sino un propagandista de mi mer-

cancía y un buen amigo. La casa no pierde nada, porque yo pago lo que fío. El día que en una fiesta escolar repartí cien "corazones" a crédito entre los niños, logré cien padres y madres que me quedaron agradecidos y que luego se asomaban a las puertas de sus casas pidiéndome helados... y los niños van a decirles que yo llego cuando oyen mi pregón a un cuarto de hora de distancia...

—Sí, sí, todo eso está bien, pero he creído prudente cambiarle de distrito. No es bueno que siga usted donde tiene ya tanta popularidad.

—¡Pero he trabajado mucho para conseguir hacer mío el distrito, míster Schaubert!

—Bien, pero desde mañana será usted el gerente del distrito séptimo.

—¿Gerente del distrito? — preguntó Jimmy con un brillo de alegría en los ojos—. ¡Oh, pero... pero eso es mucho más de lo que yo podía imaginar, míster Schaubert! No sé cómo darle las gracias.

—No tienes nada que agradecerme, Jimmy, tú te lo has ganado con tu buena conducta.

—Gracias, míster Schaubert, gracias.



Aquello no era para los niños una clase pesada, sino un juego, una diversión...



La profesora es joven, es bella, es candorosa...

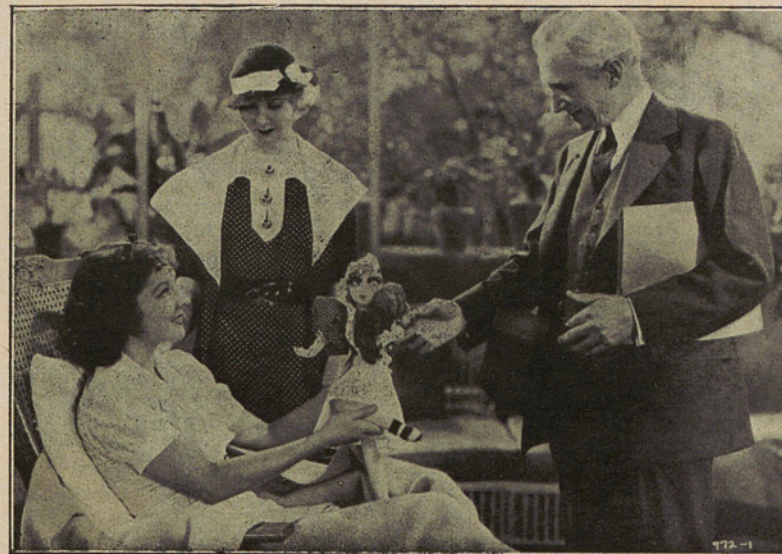




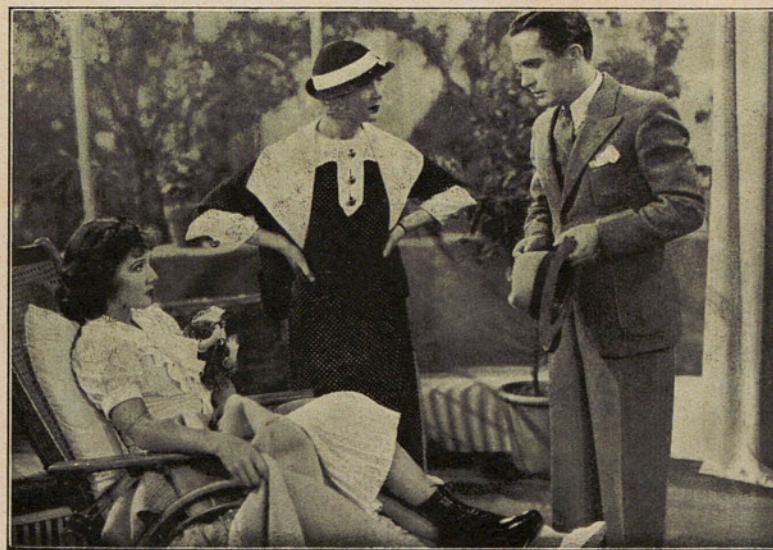
Joe la abraza, como si temiera perder aquel tesoro.



...y también Mopsy se acurrucó junto al cuerpo inerte de Sally...



—¡Son muy lindas sus muñecas!... y es un trabajo que podrá usted hacer sentada...



—¿Dispuesto a cumplir tu palabra? ¿Es todo cuanto se te ocurre decirme?

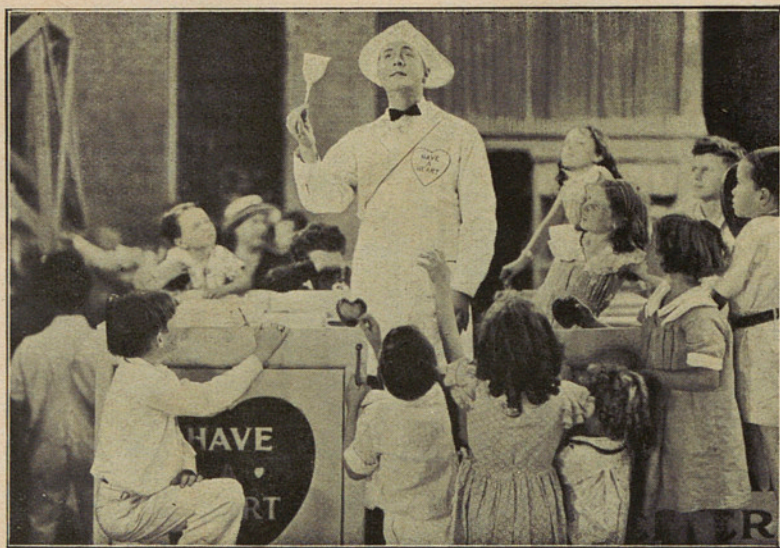




Se había casi acostumbrado a su forzada inmovilidad... Mopsy era su fiel compañero.



—Muy grave... fractura del cráneo—murmuró Sally siguiendo el juego.



—¡Al rico helado!... ¿Quién quiere un corazón?... ¡A cinco céntimos!... ¡A cinco!...



—Joanie, ¿por qué has hecho eso?—preguntó Sally a su amiga.





—... y me ha encargado cuatro docenas de muñecas...



Joan se compuso para salir con Gus.

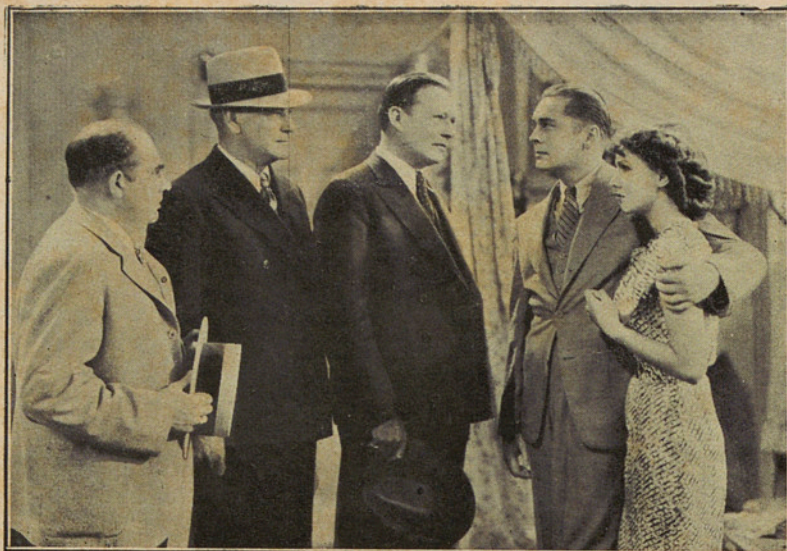


—Perdóname, Jimmie,  
sólo quise ocultarte la  
verdad...



—¡Oh, Jimmie, eres bueno!





—¿Alegar?... Yo no he hecho nada. Soy inocente.



—Jimmie... lo hice porque creí que así te ayudaba...

## T O D O C O R A Z O N

Jimmy estaba tan contento que ya no sabía cómo expresar su alegría. Aquel día todo le había salido bien. "Cara de Angel" iba a salir con él por la noche y Schaubert le nombraba gerente del distrito. ¡Más de lo que se hubiera atrevido a soñar en toda su vida!

Corrió al garage. Necesitaba que le dejaran sacar un auto para poder ir a buscar a "Cara de Angel", y le habló a Mack, el guardián del garage:

—Necesitaría un coche para esta noche, Mack—le dijo, llevándole a parte en tono misterioso.

—¿Negocios? — preguntó Mack que era hombre de pocas palabras.

—No... amores...

—¿Es guapa?

—¿Guapa? ¡Tres en una! ¡Norma Shearer, Joan Crawford y Greta Garbo en una pieza! ¿Te imaginas tú ese cocktail? ¿Puedo coger un auto?

—No tenemos permiso para dejar salir algún coche... Pero si prometes ser prudente... Cuando vuelvas vigila que no te vea el guardián nocturno; tiene mal genio y podría costarte caro. Aquí tienes la llave. Que te diviertas.

Salió feliz y contento con su au-

to y marchó a casa de Sally con el corazón que le daba unos vuelcos juguetones y locos, como si pretendiera salirse del pecho y ahogarle de alegría.

Sally había bajado a la calle y esperaba junto a un árbol, con Mopsy en los brazos, y con los ojos brillantes de emoción.

—¿Qué haces ahí? — le preguntó Joan desde la puerta—. ¿Por qué has bajado a la calle?

—Para que no me vea andar... Anda, vete, vete pronto, que ya llega.

—Buenas noches y buena suerte, Sally.

—¡Buenas noches, Joan!

Sally tuvo que hacer un esfuerzo para dominar su emoción cuando Jimmy paró ante ella y le dijo en tono alegre:

—Aquí estoy, he llegado a la hora exacta. Estás encantadora, "Cara de Angel".

—¿De veras?

—La mujer más bonita de la tierra. ¿Pero cómo se te ha ocurrido ponerte hoy botas de agua? ¡No va a llover! Está la noche magnífica...

—Nunca sabe una lo que el tiempo hará—contestó, evasiva, la pequeña Sally.



—Te apuesto un real a que no llueve esta noche. Nací en una granja y allí pasé toda mi infancia y parte de mi juventud y conozco perfectamente los indicios de la lluvia. Esta noche no hay ni uno. Bueno, bueno, vamos a ver quién gana.

Marcharon en el automóvil que era una de las camionetas de servicio. Sally iba dichosa, con Mopsy en la falda, mirando todo lo que a los lados del auto iba desfilando en carrera vertiginosa.

—¿Te gusta pasear en auto?

—Mucho y a Mopsy también. Es la primera vez que va en automóvil.

—Pues de ahora en adelante vais a pasear mucho en automóvil, porque pronto tendré uno yo, para mí sólo, un auto particular para míster Jimmy Flaherty, administrador del distrito séptimo—dijo Jimmy, en una entonación ampulosa, queriendo darse mucho tono.

—¿Te han ascendido?

—Sí.

—¡Oh, qué alegría!... Pero, ¿por qué te paras? — preguntó Sally extrañada al ver que el auto detenía su marcha.

Jimmy se volvió a ella sonriendo con una sonrisa de inteligencia y le

dijo como si hubiera tenido la idea más encantadora de la tierra:

—¿No ves dónde nos hemos parado? Vamos a bailar. Esta noche hemos de celebrar nuestro paseo y mi ascenso, ¿no te parece, ángel? Y quiero bailar contigo unos cuantos bailes. Será el placer mayor que habré experimentado en mi vida. Estamos nada menos que ante el cabaret de Roseland, el más conocido de todo el barrio y en donde Jimmy Flaherty tiene siempre carta abierta. Porque soy el mejor danzarín—concluyó diciendo, con un infantil orgullo que en otra ocasión hubiera hecho asomar la sonrisa a los labios de Sally, pero que en aquel momento no lo logró, porque la chiquilla estaba seriamente preocupada.

—Ya te he dicho que yo no bailo, Jimmy, que no sé bailar—murmuró poniendo una carita muy compungida.

—¡Oh, vamos, vamos, no quieras hacerme creer cosas imposibles!... ¡Que tú no bailas!... En mi vida he tropezado con una muchacha que no sepa bailar.

—Bueno, claro que sé bailar un poquito, pero no lo suficiente para exhibirme al lado del mejor baila-

rín del Roseland — sonrió Sally, queriendo convencer a su amigo.

—Yo te demostraré que una muchacha, por poco que sepa bailar, si baila con un buen bailarín, como yo, resulta la mejor bailarina. Vamos, quitate tus botas de agua y verás qué bien vamos a pasar la noche.

—No, no... no puede ser; te juro que no puede ser—gritó Sally poniendo una cara de angustia que si Jimmy hubiera sido capaz de interpretar hubiérase sentido hondamente apenado por ser la causa involuntaria de la inquietud de la niña.

—¿Por qué no puedes?—le preguntó Jimmy apremiándola cada vez más, inconsciente del daño que le hacía con sus preguntas.

—Pues... porque no puedo.

—Pero eso no es una explicación convincente. Dime el por qué.

—Pues.. verás... porque... porque —murmuró Sally sin saber por dónde empezar. Y de pronto, sintiéndose más valiente, comenzó a hablar inventando una larga historia—. Verás, yo te contaré; mi abuela, la primera vez que fué a un baile con el que más tarde tenía que ser mi

abuelo, sufrió una terrible decepción.

—¿Una decepción? ¿A causa de qué?

—A causa de... a causa de que mi abuelo, eso es, sí, mi abuelo tenía entonces unos bigotes grandes, grandes, muy grandes, que se le comían toda la cara... y mientras bailaban, le hacía cosquillas a mi abuela con aquellos bigotes y a mi abuela la ponían muy nerviosa las cosquillas... Y resultó que comenzaron a discutir y abuelita se marchó aquella noche llorando amargamente a su casa... y pasaron quince años antes de que volvieran a encontrarse y decidieran casarse, porque mi abuelo había reducido ya para entonces el tamaño de sus bigotes.

Jimmy escuchaba con exrtañeza todo aquel relato. Sally estaba excitada y hablaba con volubilidad y abundancia. Cuando terminó la historia de su abuela siguió contando la de su madre, después de haber mirado por el rabillo del ojo a su amigo y comenzando a charlar antes de que él hubiera podido hacer el más pequeño comentario.

—A mi madre, ¿sabes?, le pasó una cosa parecida y fué también una noche de sábado. Fué al baile



con mi padre y se pelearon también y tardaron más de tres años en casarse a causa de aquella pelea.

—¿También fué a causa de los bigotes?

—Sí, pero papá no se los recortó. Mamá se acostumbró a ellos y luego decía que era lo que más le gustaba de su marido... Pero ya ves que in al baile una noche de sábado trae malas consecuencias en mi familia y, por si acaso, yo no quiero hacer la prueba. Soy muy supersticiosa. No conseguirás que vaya al baile esta noche—terminó diciendo con resolución inquebrantable como si con aquellas historias inverosímiles hubiera ya sorteado el peligro—. Y no te vayas a enfadar por eso... Debes comprender las razones que me asisten, Jimmy. ¿Verdad que no me pedirás que esta noche baile? ¿Verdad que me comprendes, Jimmy?—preguntó mirándole con ternura, temerosa de haber ofendido al muchacho y de que se enojara con ella por aquel capricho.

—¿Que si te comprendo? Vamos a bailar, ángel, vamos a bailar esta noche—porfió Jimmy que no había entendido ni una palabra de cuanto Sally había dicho.

—¿No te gusta estar aquí, char-

lando, respirando el aire fresco de la noche y contemplando la luz de las estrellas?

—Sí... pero quiero bailar...

—Mira, mira, Mopsy y yo estamos encantados. No nos vayas a estropear la noche. Aunque me parece que no hay estrellas, pero no importa, la belleza de la noche es la misma... ¿Qué pasa? Se diría que llueve—exclamó de pronto al sentir las primeras gotas de la lluvia sobre su rostro, con una alegría loca, una alegría de criatura que se ve libre de un peligro que le ha dado mucho miedo.

—¿Llueve? — preguntó Jimmy tendiendo la mano y comprobando que, realmente, comenzaba a llover con fuerza inusitada—. ¡Bah, eso no es nada! Pasará pronto.

—Mopsy, el caballero que está a tu lado se ha apostado un real a que no llovería esta noche... y me debe el real...

—Esto no es lluvia—afirmó Jimmy mientras el aguacero iba arreciando y se convertía en lluvia torrencial.

—¿Entonces, qué es?

—El rocío de la noche.

—¡Oh, Mopsy! ¿Has oído? ¡El rocío de la noche! Está bien, caba-

llero, pero creo que es un rocío pertinaz para resistirlo en un lugar descubierta. Será bueno que pongas la capota del coche, porque es muy posible que con este rocío quedemos calados hasta los huesos.

—Tienes razón, "Cara de Ángel". Te debo el real. Lo has ganado—dijo Jimmy mientras se apresuraba a levantar la capota para que su amiguita y el perro estuvieran más confortables—. Es raro que me haya equivocado. No creí que esta noche pudiera llover.

—Es que quizás hace ya demasiados años que no estás en el campo y se te han olvidado las señales infalibles de la lluvia. Joan, que no ha estado jamás en el campo, las conoce mejor que tú. Ella fué quien me dijo que esta noche llovería. Y ya ves cómo ha acertado.

—¿En qué lo ha conocido?

—En que el servicio meteorológico de la prensa decía que haría buen tiempo...

—¡Ah!—exclamó Jimmy abriendo mucho los ojos y la boca como si admirara de veras la penetración climatológica de Joan.

Tan abstraído se quedó pensando en ello que no se dió cuenta de que un hombre avanzaba hacia ellos y

estuvo a punto de atropellarles. El hombre le increpó duramente. Jimmy le contestó con palabras gruesas y paró el coche y descendió de él dispuesto ya a abofetear a aquel atrevido. Pero Sally le detuvo, gritándole:

—¡Jimmy, cuenta hasta diez!

Jimmy se preparó para soltar un puñetazo formidable al atrevido y contó, precipitadamente, para dar gusto a su amiga:

—Uno, dos, tres, cuatro cinco... y cinco diez—y le soltó tal mamporro que el hombre se tambaleó y les dejó el paso libre. Entonces Jimmy volvió a subir a su automóvil y no se atrevió a mirar a Sally que le dijo con voz un poco compungida:

—Si a lo menos hubieras tenido paciencia de contar hasta siete...

—Perdóname, Sally, pero es que la sangre se me exalta cuando oigo decir ciertas cosas... Perdóname...

—Haré lo que pueda...

—Prométeme que otra vez contarás hasta diez... sin sumar.

Habían llegado ya ante la casa sencilla y graciosa donde Sally y Joan vivían. Jimmy iba a saltar del coche para acompañar a su amiga, pero ésta le detuvo con un gesto rápido y suplicante:



—No, no te muevas, te lo ruego. No quiero que me acompañes. Prefero quedarme aquí y saludarte hasta que el coche se pierda de vista. Yo puedo entrar sola en casa, y si tú me acompañas yo me quedaré sin verte partir.

—Pero es que yo quiero acompañarte hasta la puerta por una razón de carácter especial.

—¿Por qué razón? — preguntó Sally con curiosidad.

—Porque... porque si es verdad que has pasado un rato agradable en este paseo que has dado conmigo, justo es que me lo pagues... dándome un beso...

Sally le tomó la cabeza entre sus manos, le miró con una dulce mirada de cariño, y le dio un beso infantil y apasionado al mismo tiempo, que hizo sentir a Jimmy todas las delicias del paraíso.

—¿Siempre necesitas besar a tus amigas dentro de casa? — le preguntó Sally con un malicioso acento.

—¡Ángel!—suspiró Jimmy volviendo a abrazar a Sally y besándola de nuevo.

Sally permaneció en pie, al lado del coche, sin dar un paso, en espera de que Jimmy hubiera desapare-

cido para entrar en su casa, cuando ya no pudiera ver su paso de coja, su paso vacilante e irregular que descubría bien a las claras su defecto físico.

—Ahora vete, Jimmy, vete ya, que es tarde. Quiero ver cómo marcha el automóvil, cómo te lleva lejos de mí y quiero que tú sientas que mis miradas y mi corazón te siguen...

—Como tú quieras, ángel... Mañana nos veremos. Vendré por aquí a cualquier hora. Yo sé que te encontraré siempre tras los cristales de tu ventana, como una muñeca más puesta en la vitrina para que la admiren los transeúntes.

Jimmy obedeció las indicaciones de Sally, subió al automóvil, lo puso en marcha y se perdió por la calle solitaria y oscura. Mopsy, el travieso Mopsy, que estaba encantado de sentir la voluptuosidad de la marcha rápida del vehículo, se había acurrucado en el asiento sin que nadie se diera cuenta de ello y se marchó con Jimmy, creyendo que iban a dar de nuevo un largo paseo.

Sally contempló con una larga mirada la silueta del coche que se alejaba y luego, triste, pero reconfortada por haber conseguido que

Jimmy no se enterara de su desgracia, cojeando y lentamente entró en su casa, llevando el alma llena de luz con el fulgor nuevo del amor que brotaba en su pecho.

\* \* \*

Cuando ya había dejado el auto en el garage, Jimmy se dio cuenta de que Mopsy estaba con él. El perro meneaba la cola como agradeciendo al muchacho el paseito delicioso que le había hecho dar y Jimmy cogió al perro, lo puso en el suelo y le amenazó en silencio, queriendo darle a comprender que deberían pasar completamente inadvertidos para el guardián, cuyo territorio iban a pisar en aquellos momentos. Si el vigilante nocturno les descubría tendrían un disgusto, porque Mack ya le había avisado de que aquel hombre tenía mal genio y de que no transigiría con aquella escapada nocturna que estaba prohibida rigurosamente por la dirección.

Caminaron unos pasos, ocultándose en las sombras, y pronto Jimmy escuchó la voz del vigilante que gritaba:

—¿Quién va? ¿Quién ha entrado?

No era a él al que dirigía la pregunta, porque la voz se oía lejos y no podía ser a él a quien diera el alto. Jimmy aguzó el oído y la vista. Algo anormal ocurría en el garage. Jimmy tomó al perro en sus brazos. La luz eléctrica del vigilante iba recorriendo todos los rincones del garage y se acercaba a ellos. Jimmy trató de esconderse, pero la lámpara dio con él y entonces el vigilante le dio el alto:

—¡Alto! ¿Quién va?

Jimmy no respondió, corrió por entre los coches y fué a esconderse en las oficinas. Otro hombre estaba allí. Jimmy vio como una mano cerraba la caja de caudales y cogía un saquito lleno de dinero que había depositado en el suelo mientras manipulaba en la cerradura secreta. Jimmy contuvo la respiración. El vigilante se acercaba allí y eran momentos de peligro y de angustia. El ladrón también se quedó inmóvil ante la luz que se acercaba. Jimmy se escondió, siempre con Mopsy en los brazos, tras la mesa escritorio. Cuando el vigilante entró en las oficinas el ladrón sacó un revólver, apuntó a la cabeza del hombre, dis-



paró certeramente y el vigilante cayó al suelo con un ruido sordo y pesado que resonó en la quietud del garage. El ladrón intentó salir de la oficina, entonces fué cuando el perro vió los zapatos blancos que calzaba el ladrón y, escapando de los brazos de Jimmy corrió a él, ladrando impetuosamente y mordiéndole en el tobillo. Mopsy tenía odio declarado a los zapatos blancos. Debían producir en él un efecto extraño, pues siempre hacía lo mismo cuando veía un par de zapatos blancos caminando sobre el suelo. El ladrón tuvo que luchar contra el perro, logró deshacerse de él, salió a la calle y se escabulló entre las sombras de la noche. Jimmy cogió de nuevo a Mopsy entre sus brazos y temiendo verse comprometido por su escapada nocturna, también salió del garage, cerrando la puerta tras él.

Y marchó tranquilo creyendo que nadie le había reconocido y que su escapada quedaría sin consecuencias que pudieran perjudicarle en su trabajo.

En casa de Sally, al día siguiente, mientras la pequeña cojita estaba en misa, Joan y Guss discutían, como siempre, el medio de ganar

dinero para poder obtener la cantidad que les faltaba para ayudar a su amiga y que ésta pudiera intentar su total curación poniéndose en manos del notable especialista que el doctor Spear les había recomendado.

Guss quería jugar a las carreras de caballos. Estaba decidido a hacer correr un jamelgo que, según él decía, se bebía los vientos. Pero Joan sabía que Guss era un visionario y le costaba trabajo creer en todas las cosas que a éste se le ocurrían.

—Veras, ¿sabes qué haremos?... Le disfrazaremos y haremos que nuestro "Thunderbolt" se parezca a "Espérame", el que ha ganado tantas carreras en estos últimos tiempos. Todos apostarán por el que creerán es "Espérame" y tú y yo apostaremos por el verdadero "Espérame" que correrá sin que nadie se dé cuenta de su existencia. Verás cómo vamos a conseguir un negocio fabuloso.

—¿Pero cómo quieres disfrazar a un caballo, hombre de Dios? ¿Le vas a poner un antifaz?—preguntó Joan con aire de burla, porque todas las ideas de Guss le parecían siempre disparatadas.

—No, no le pondremos antifaz, pero le haremos un buen maquillaje.

—¡Maquillar a un caballo! ¡En mi vida he oído semejante desatino!

—Sí, le cambiaremos el color, le pondremos las manchas blancas que "Espérame" tiene en el lomo, las marcas que éste lleva y así podrá pasar perfectamente por "Espérame", mientras que al verdadero "Espérame" le daremos un tinte negrozco en las manchas blancas, le pintaremos la crin de otro color y parecerá un pobre jamelgo que no haya corrido nunca en su vida. El entrenador es muy amigo mío y le he prometido una buena recompensa si nos ayuda en este asunto. Ya ves tú que no podemos perder.

—Hombre, te diré, la idea no me parece mala, aunque sale de tu cerebro. Podemos probar...

Sally llegó en aquel momento, contenta y excitada.

—¡Hola, Joan; buenos días, Guss; hoy es el día de mi buena suerte! ¡Bien empieza la semana!

—¿Qué te pasa, chiquilla?

—Que acabo de encontrar en la calle a míster Aisenstein.

—¡Caramba, tanto honor! — ex-

clamó Guss, que era la primera vez que oía aquel nombre.

—¿Quién es ese señor?—preguntó a su vez Joan, que tampoco había oído hablar nunca del personaje que tanto excitaba a Sally.

—Míster Aisenstein es el dueño de la tienda de muñecas que hay en la esquina de la calle. ¿Y sabes qué me ha encargado? ¡Cuatro docenas de mis muñecas, de esas a las que yo llamo Sally Ana! ¡Cuatro docenas de Sally Ana! ¿No os parece esto una noticia magnífica?

—¡Estupenda! ¡Cuatro docenas de muñecas representan noventa y seis escudos!

—Sí.

—Y noventa y seis escudos es precisamente lo que te faltaba para reunir la cantidad que necesitas para tu operación. ¡Magnífico, Sally, magnífico! Somos la gente más afortunada de la tierra. Con tus ahorros y los míos y los de Guss y lo que vas a ganar con ese trabajo que te ha encargado el benditísimo míster Aisenstein, podrás ir a ver al doctor Perenz y someterte a su tratamiento. ¡Hoy es el día más dichoso de mi vida, Sally! Tendremos los quinientos dólares y todavía nos quedarán dos dólares para malgas-



tar. ¿Y qué piensas hacer, Sally? El doctor Spear ha telefoneado diciendo que el sábado próximo llega el doctor Perenz.

—¿El sábado? Perfecto. Así podré seguir engañando a Jimmy y no se enterará nunca de que he sido una infeliz inválida, una pobre cojita a la que todos tienen derecho a compadecer. Pero, oye, ¿qué le diré mientras esté en el Hospital?

—Puedes decirle que te vas a hacer una excursión en mi yate...—dijo Joan muy seria haciendo soltar la carcajada de los que escucharon aquel desatino.

—No seas loca, Joan. Ya he encontrado lo que Sally le puede decir a Jimmy. Le diremos que te has ido a ver a unos parientes que tienes en Nueva Jersey. Conozco yo a un muchacho que vive en Orange y al que le podemos mandar tus cartas para que las ponga allí en el correo y le lleguen a Jimmy con el timbre de Nueva Jersey. ¿Qué os parece la idea? Creo que a Joan no le parecerá esta vez una mala idea.

—Pero, querido, ¿de dónde la has sacado? Es la primera vez que encuentras una idea acertada. ¿Ha salido de tu cabeza o la tenías guardada en el bolsillo? ¿Dónde la has

adquirido y cuánto te ha costado? Porque me parece imposible que sea fruto legítimo de tu imaginación... ¡Ay, Guss de mi alma, algún día me habías de dar una satisfacción!... Que Dios bendiga tu magnífica idea. En recompensa vamos a salir un rato a pasear. Hoy es domingo y hay que divertirse, que mañana comenzaremos otra vez a trabajar afilando uñas todo el día.

—¿Dónde vais? —les preguntó Sally a tiempo que ya iban a salir.

—Primero a misa, luego ya veremos. No nos esperes hasta dentro de dos horas, querida. Guss ha merecido hoy ese premio—dijo Joan riéndose y colgándose del brazo de su amigo que iba muy orgulloso con aquel pimpollo de mujer a su lado.

Sally se quedó sola. Agrupó sobre la mesa las muñecas que ella construía con sus manos primorosas y las contempló, dándole a cada una distintas posiciones, como si fueran seres humanos y hablándoles como hablaba a sus discípulos cuando tenía su escuela de baile. Entre las muñecas había una parejita que representaba a Jimmy y a ella misma, sin su fea cojera, naturalmente. Sally se divertía poniendo la figura de Jimmy rendida a los

pies de la muñeca que la representaba a ella. Se divertía haciéndoles marchar por la mesa, cogidos del brazo, como dos novios felices. Les hablaba y les hacía decir todo cuanto a ella se le antojaba, marchando en torno a la mesa con aquel su andar vacilante, que hacía inclinar su cuerpo violentamente al posarse en el suelo su pie enfermo, su pie calzado con el enorme zapato de corcho que había sido su pesadilla durante muchos meses y que seguía siendo su terrible calvario.

Sally no se dió cuenta de la presencia de Jimmy que había entrado despacio, sin hacer ruido, por el gusto de sorprenderla, y que venía con Mopsy en los brazos para remitirlo a su dueña. Sally se divertía con sus muñecas como una niña feliz e inocente. Y corría con pasito menudo, con unas corriditas que eran titubeos de persona que no puede andar sino con grandes dificultades. Jimmy la miró extrañado, la miró con una mirada de compasión y de ternura, comprendiendo en su intuición hecha de sensibilidad, lo que debía sufrir aquella criatura delicada con aquel defecto que tanto empeño había puesto en ocultarle y que ahora se le manifestaba en toda su claridad.

Jimmy avanzó hacia ella después de haber dejado a Mopsy en el suelo. Sally se volvió al escuchar los pasos y los aullidos de Mopsy que se tiró a ella con alegría, y se quedó intensamente pálida al ver a Jimmy ante ella. Bajó los ojos, juntó las manos suplicantes y dijo en voz baja, llena de turbación:

—Perdóname... no sabía que estabas aquí. Perdóname. Quise ocultártelo creyendo que nunca ocurriría un encuentro impensado, como el de este momento... Pensé que sería mejor. No lo hice para engañarte... pero si crees que fué un engaño ocultarte la verdad, perdóname de todos modos...

Jimmy la estrechó entre sus brazos, la obligó a que levantara su rostro, a que fijara en él sus pupilas dulces y buenas, turbadas ahora por la angustia, y le dijo, poniendo en sus palabras toda su alma:

—No sólo tienes la cara de ángel, vida mía, sino que también tienes el corazón de ángel y hablas como un ángel. Y no es pequeña dicha saber que yo, el que menos lo merece, tengo destinado mi ángel particular en esta tierra... mi ángel bueno que es sólo para mí y al que yo venero con toda mi alma.

—¡Oh, Jimmy, eres muy bueno!



Pero yo no quiero que te creas obligado a decirme palabras de consuelo. Estoy acostumbrada a no escucharlas más que en boca de Joan que es tan buena para mí. No consentiré nunca que te creas ligado a una persona como yo... a una persona... que tiene el defecto de ser coja... No quiero que te creas ligado a mí...

—¿Ligado a ti? ¿Pero no comprendes que sería la dicha más grande sentirme ligado a ti para siempre? Para Jimmy Flaherty nada hay tan dulce ni tan sabroso como esa posible ligadura de la que tú hablas como una desgracia.

—Pero no soy un ser normal... Tengo esa imperfección...

—¡Imperfección!—exclamó Jimmy estrechándola de nuevo entre sus brazos—. ¿Es que yo soy acaso perfecto?... Y mis imperfecciones son peores, porque son morales... ¿Dónde has encontrado tú una persona que sea completamente perfecta?... ¿Y creías que tú ibas a ser una excepción? ¡No, señorita, no!... También tú necesitas tener una pequeña imperfección y Dios te puso ésta, para tenerte atada a la tierra, porque sin este peso forzado que has de llevar, ya hubieras volado al

cielo con todo tu candor y tu belleza que no se han hecho para este mundo.

—¡Oh, Jimmy, qué bueno eres!

—Dímelo otra vez, que me suena muy bonito dicho por ti. Y dime que tú harás que yo sea más bueno cada día; que tú lograrás hacer de mí un hombre perfecto, para que sea digno de mi ángel...

—No puedo prometerte eso, Jimmy, porque ya no puedes ser mejor de lo que eres.

Jimmy la levantó en alto, la besó repetidas veces, la dejó sobre el suelo, la volvió a levantar, jugó con ella como ella había jugado con sus muñecas hacía breves instantes y la besaba y la besaba incansablemente, con una delicia sin fin, mientras Sally reía y tenía al mismo tiempo los ojos llenos de lágrimas.

—¡Qué feliz soy, chiquillo mío!

—¡Y qué feliz soy yo de tener en mis brazos a un ángel y de sentirme llamado por él *su chiquillo*!

El timbre de la puerta les sacó del éxtasis en que se habían perdido. Jimmy fué a abrir para ahorrarle a su amada la pena de tener que caminar ante él. Y se encontró ante Mack que llegaba pálido y descompuesto:

—Jimmy, Jimmy, huye en seguida, porque vienen a buscarte.

—¿Estás loco, Mack? ¿Qué dices? ¿Por qué tengo que huir? ¿Quién viene a buscarme? —preguntó Jimmy que no comprendía qué era lo que estaba pasando.

—Vienen el amo y un policía; te buscan. En la casa en donde tú vienes les han dicho que estabas aquí y yo me he apresurado a venirme a avisar antes de que ellos lleguen.

—¿Pero qué ha ocurrido? Explícame mejor, porque yo no te entiendo.

—Esta noche han robado en la oficina, ¿comprendes?

—¿Y qué tengo yo que ver con el robo?

—El vigilante vió a alguien que huía... afirma que eras tú... y yo he tenido que confesar que, realmente, te había dejado un automóvil para salir a pasear con tu novia.

—¿Entonces... entonces quieres decir que mister Schauber cree que yo soy el ladrón?—preguntó Jimmy con el rostro contraído y hondamente preocupado.

—Jimmy... huye... huye y más tarde explicarás tu conducta. Pero ahora huye—suplicó Mack con insistencia.

—No quiero huir—replicó Jimmy con decisión firme—. No he hecho nada y quiero que se pruebe mi inocencia. No pueden acusarme.

—Bueno, Jimmy, pues si así es, ¿por qué no vas a hablar con mister Schauber antes de que ellos vengán aquí?

—No te preocupes por mí, ángel, ya verás como todo esto se arregla bien—dijo Jimmy tratando de dar ánimos a aquella criatura con la que era tan feliz antes de que Mack llegara trayendo tan malas noticias.

Como la puerta había quedado abierta Schauber y el detective no tuvieron necesidad de llamar para penetrar en casa de Sally. Antes de que Jimmy hubiera tenido tiempo de ir a ellos ya ellos estaban allí. Mister Schauber estaba serio y reconcentrado. El detective, mirando a Jimmy, preguntó:

—¿Es éste el acusado?

—Ese es — contestó secamente mister Schauber.

—Vamos, amiguito, queremos tener una pequeña conversación con usted; haga el favor de seguirnos.

—Puedo hablar con ustedes aquí mismo. No necesito seguirles a parte alguna—contestó Jimmy—. Mis-



ter Schaubert, puedo explicar a usted...

—Siento mucho todo lo ocurrido, Jimmy, lo siento mucho—contestó evasivamente el que creía en la culpabilidad de su empleado—. ¿Qué es lo que puede usted alegar en su favor?

—¿Alegar? Yo no he hecho nada.

—¿No es verdad que esta noche pasada ha estado usted en el garage después de la media noche?

—Es verdad, estuve en el garage, pero no robé el dinero. Mister Schaubert, usted me conoce lo bastante bien para saber que soy incapaz de haber cometido un robo de esa naturaleza. No soy un ladrón. Soy un hombre honrado.

—Todos dicen lo mismo — comentó el detective con aire impertinente, midiendo a Jimmy con una mirada glacial—. Por eso es mejor llevarle a la comisaría y allí quizás le harán cantar. Despierta mucho la memoria un buen interrogatorio. Dese por detenido.

—Jimmy, había concebido para usted grandes esperanzas. Le creía un hombre digno y hubiera sido un placer para mí poderle ayudar en su trabajo. No quiero ser con usted

demasiado duro en mi juicio. Si ha sido usted el que ha robado el dinero, devuélvame y todo quedará olvidado. No procederé contra usted. Pensaré que ha sido una locura de juventud que nunca más volverá a repetirse.

—No tengo ese dinero. ¡Yo no lo cogí!—gritó Jimmy comenzando a exasperarse ante aquella humillante acusación.

—¡Niño, no se desmande usted! —le dijo el policía tratando de detenerle.

—¡No me toque!—rugió Jimmy disponiéndose a pelear con aquel hombre odioso—. Si se mueve le doy un puñetazo.

—Jimmy, Jimmy, ten prudencia, por Dios — suplicó Sally angustiada—. Cuenta hasta diez.

—Está bien, querida, contaré hasta dos mil, si quieres; pero que no me toque ese hombre, porque podría hacerme descontar.

—Vamos, venga con nosotros. Ante el Tribunal se aclarará mejor todo ese asunto.

Jimmy salió acompañado por el señor Schaubert, el detective y Mack. Sally quiso interponerse entre ellos:

—¡Oh, no, no se lo lleven! ¡Jim-

my no ha hecho eso! ¡Estoy segura de que no lo ha hecho! ¡Mister Schaubert, usted conoce a Jimmy, no deje que le prendan por un delito que no ha cometido!

—Lo siento, señorita, lo siento; pero nada puedo hacer por él... Les doy a ustedes cuarenta y ocho horas de tiempo para que Jimmy devuelva el dinero; si en ese espacio no reintegra lo que ha tomado me verá obligado a proceder contra él. Es cuanto puedo hacer en su favor.

—Vamos — dijo el detective cogiendo a Jimmy por un brazo y arrastrándolo materialmente fuera de la habitación.

\* \* \*

Se siguió contra Jimmy el proceso. Negaba el muchacho su participación en el robo, pero como todas las pruebas estaban contra suyo nadie le hacía caso. Sólo Sally creía en su inocencia y sufría con aquella acusación que ponía en peligro el porvenir de su amado.

Mister Schaubert había dado las cuarenta y ocho horas de tiempo.

El proceso quedaba suspendido en aquel espacio de tiempo. Jimmy podía, en él, demostrar su inocencia, pero Jimmy no tenía medios para ello. La prueba evidente era que había estado en el garage la noche del robo, que había huído del vigilante, que se había refugiado en las oficinas... Todo hablaba en contra suyo, ¿cómo probar su inculpabilidad? Mack mismo había declarado en contra de él, al decir la verdad de lo ocurrido, al explicar al Tribunal que él le había dejado uno de los coches para que pudiera salir a pasear con la novia aquella noche. Además Mopsy había también sido visto por el vigilante y reconocido después... Era una acusación más contra Jimmy que era inocente y que veía acumularse sobre él todas las pruebas de la culpabilidad.

Schaubert esperaba impaciente en su oficina a que pasara el término concedido a Jimmy para que devolviera el dinero. Se paseaba a lo largo de la habitación presa de una excitación creciente y pensaba en las decepciones que ofrece la vida cuando ponemos fe en una persona.

—¿No tiene usted noticias de nada?—le preguntó Mack que estaba casi tan intranquilo como el mismo



Schauber por la suerte de su gran amigo Jimmy.

—Nada, no sé nada, todo está igual.

—Pero, míster Schaubert, Jimmy no puede ser el autor del robo. El afirma que vió a otro hombre en las oficinas del garage. Y afirma que el hombre que perpetró el robo tenía tatuado en la mano derecha un dolar de plata.

—¡Oh, Jimmy ha leído sin duda muchas historias detectivescas y tiene ahora la imaginación repleta de ellas! ¿Qué ocurre?—preguntó míster Schaubert dirigiéndose a su secretaria que acababa de entrar en la oficina.

—Míster Schaubert, la señorita Sally Moore desea hablar con usted.

—¿Sally Moore?... Dígame que no puedo recibirla; que tengo mucho trabajo.

—La señorita Sally dice que si no puede recibirla ahora que esperará.

—Pues esperará hasta el día del juicio final, porque yo no quiero recibirla, ¿ha entendido?

La secretaria explicó a Sally que míster Schaubert tenía muchas co-

sas que hacer y que le sería imposible recibirla aquel día.

—Lo siento mucho, señorita, pero el señor Schaubert no podrá recibirla.

—Insista usted, me precisa hablar con él; dígame que es para algo que le interesa mucho—dijo Sally que tenía los ojos enrojecidos de tanto llorar y que en las pupilas llevaba reflejada una firme resolución.

—Ya le he dicho que era inútil.

—Pues esperaré. Míster Schaubert no puede negarse a hablar conmigo.

Sally quería hablar a toda costa con aquel hombre y cuando una mujercita resuelta decide una cosa así nadie es capaz de hacerla volver sobre sus pasos. Míster Schaubert tuvo que acceder a aquella petición, porque de lo contrario se encontraría bloqueado todo el día.

—Pase, pase, señorita Moore y siéntese—le dijo míster Schaubert, ofreciéndole una silla.

Sally le miró con aquellos ojos ingenuos y puros que por sí solos hablaban más elocuentemente que todas las palabras y se quedó frente a míster Schaubert en silencio, sin atreverse a pronunciar ni una palabra ahora que estaba ante él.

—Bien, usted dirá qué es lo que desea, señorita. Ya sabe usted que, si viene a tratar de disculpar a Jimmy, yo no puedo hacer nada en ese asunto.

—Míster Schaubert—comenzó diciendo la cojita, tratando de poner en su voz energía y no consiguiendo más que hacer salir de sus labios un hilillo de voz que era como un quejido—, Jimmy me ha dicho varias veces que usted era un buen amigo suyo y que le apreciaba y que le ayudaba siempre en todo. Dice que ha hecho más usted por él que toda su familia y que todo el resto de sus amistades.

—Sí, no ha hecho más que decir la verdad. Jimmy es agradecido, por lo menos, esta cualidad no se le puede negar.

—Míster Schaubert, usted ha de estar seguro de que Jimmy no ha robado esa cantidad, de que no ha cometido la falta que se le imputa. Usted lo sabe. Jimmy no puede haber hecho eso.

—No es esa una cuestión que pueda yo resolver por mí solo. El Tribunal decidirá acerca de su inocencia o su culpabilidad.

—No, míster Schaubert, no es el

Tribunal el que ha de decidir. Es usted el que ha de decir la última palabra, usted que le conoce y que le quiere. Jimmy no será nunca dichoso si no tiene la seguridad de que usted cree en su inocencia, de que usted no le ha retirado su estimación y su confianza, de que cree en él. Jimmy ha trabajado rudamente para realzar el nombre de la casa; él solo ha logrado más popularidad para sus helados que todos los demás vendedores juntos. Míster Schaubert, usted ha de estar seguro de la inocencia de ese muchacho que ha sido honrado toda su vida y que no iba a perder su honra por una cantidad que no le conducía a ningún fin.

—Señorita, no tengo tiempo para estar discutiendo de esas cosas. Yo me atengo a las pruebas y las pruebas están todas contra Jimmy. Es verdad que le he distinguido con un especial cariño hasta ahora... y siento todo lo que está pasando, por él y por usted. Pero la culpabilidad de Jimmy es cosa probada. Cualquier Tribunal le acusaría igual que lo hace el que le está juzgando. Le ruego, señorita, que se retire... Tengo muchas cosas que hacer y el tiempo es un material precioso que



jamás vuelve a recuperarse cuando se ha perdido.

—Sí, mister Schauber, comprendo—murmuró Sally vacilando y sin decidirse a partir—. Pero... usted dijo el otro día... dijo que... si le devolvían el dinero retiraría la acusación y Jimmy quedaría en libertad.

—Sí, lo dije y lo sostengo.

—¿Son cuatrocientos dólares, no es cierto, la cantidad que ha sido robada?—dijo Sally, poniendo sobre la mesa un paquete de dólares en el que estaba contenida aquella cantidad.

—Sí, cuatrocientos dólares... Pero, ¿de dónde ha sacado usted ese dinero? —preguntó mister Schauber mirando con mirada escrutadora a la ingenua criatura.

—Eso no tiene importancia, ya que la cantidad está aquí y que Jimmy será libre de nuevo—dijo Sally rehusando contestar directamente a la pregunta que le hacía su interlocutor—. Ese dinero es mío; no importa saber de dónde ha salido.

—¡Ah, vamos, ya comprendo!—murmuró mister Schauber con una ironía que Sally no fué capaz de penetrar.

—Sólo quisiera obtener de usted una promesa—dijo Sally, no dando importancia a las palabras de mister Schauber.

—¿Una promesa? Veamos cuál es.

—Que nunca dirá a Jimmy quién fué la persona que dió este dinero—dijo Sally, segura de que si llegaba a oídos de Jimmy el sacrificio que por él hacía ésta, se enojaría con ella de una manera terrible.

—¿Y por qué no quiere usted que él lo sepa?—preguntó mister Schauber mirando fijamente a Sally que bajó los ojos confusa y avergonzada.

—¡Oh, se lo suplico, no me haga preguntas! Usted quería su dinero. Ahí está. Por favor, se lo suplico, no me interrogue, no me haga sufrir más. Acepte usted el dinero y dé la libertad a Jimmy—imploró Sally con los ojos llenos de lágrimas.

—Está bien, está bien; comprendo perfectamente—dijo Schauber, convencido de que aquel dinero era el robado por Jimmy.

—¿Daré usted orden de que le pongan en libertad inmediatamente?

—Sí, sí, ahora mismo, por telé-

fono. Cuanto antes terminemos con este enojoso asunto, tanto mejor.

—Gracias, mister Schauber, gracias por todo.

—Vaya, vaya usted tranquila... Ahora mismo voy a dar la orden de libertad.

La secretaria de Schauber había escuchado aquella conversación. Estaba interesada por la suerte de Jimmy, hacia el que sentía una honda simpatía, y había visto como Sally colocaba sobre la mesa de mister Schauber el dinero desaparecido. Sally no se dió cuenta de ello. Marchaba como una autómatas, entristecida y gozosa al mismo tiempo; entristecida porque la acusación que pesaba sobre Jimmy sería ya siempre una sombra en su vida; gozosa porque sabía que le iban a poner en libertad en seguida. Y sumida en sus cavilaciones, embebida en sus ideas, no se dió cuenta siquiera de la presencia de la joven secretaria que la vió partir con una mirada burlona en sus ojos un poco perversos.

Entretanto Joan y Guss habían ido a visitar al prisionero. Jimmy estuvo muy contento de ver a aquellos dos buenos amigos que no les

abandonaban ni aun en el momento de la pena.

—¡Oh, Joan, hola, Guss! ¡Cuánto me alegra veros! ¿Cómo está Sally? ¿Por qué no ha venido? ¿Qué noticias me traéis?

—Espera, hijo, espera, para el carro. ¿Crees tú que somos una locomotora?

—Estoy tan impaciente por saber lo que ocurre...

—¿Qué tal comes aquí? Espero que la comida será un poco menos mala que las camas—dijo Joan mirando las celdas con asco y con horror.

—No he podido probar bocado. Esto no es un lugar para personas. Aquí nos tratan peor que a animales. Pero, decidme, ¿habéis hecho alguna investigación?

—Sí, fuí a hablar con el guardián nocturno y no tiene tatuado ningún dólar en la mano—dijo Guss con aire de misterio y suficiencia.

—¿Estás seguro?

—Puedes estar convencido, Jimmy, porque yo fuí con él. Tenía miedo de que no supiera lo que es un dólar. ¡Hace tanto tiempo que no gana ni uno! Y yo vi bien claro que tenía las manos limpias; no ha-



bía en ellas rastro alguno de tatuaje.

—Pues yo estoy convencido de que el que robó el dinero tenía un dolar tatuado en la mano... ¡Y no pararé hasta que dé con él! Quiero que mi inocencia se pruebe. Mi mejor cualidad es mi honradez... y no voy a consentir que se la pisotee de ese modo tan inicuo.

—¿Pero cómo lo harás para encontrarle si te tienen aquí encerrado?

—Joan tiene razón. No quiero ponerte pesimista, pero mientras estés aquí encerrado no podrás hacer nada. Verás, Joan hará un pastel y dentro meterá algún utensilio que te sirva para fugarte, ¿qué te parece?

—Buena idea, amigo, buena idea. Cualquier cosa. El caso es que yo pueda encontrar al ladrón y demostrar que soy inocente.

Uno de los guardas de la cárcel se acercó a ellos, se dirigió a Jimmy, abrió la puerta de la celda y le dijo, dándole un amistoso golpe en la espalda:

—Vamos, amigo, recoja todas sus cosas, que le vamos a dejar marchar.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Quiere usted

decir que estoy libre? — preguntó Jimmy con alegría y asombro.

—Sí, libre. Acaban de dar la orden por teléfono. Han retirado la acusación.

—¡Olé!—gritaron a un tiempo Joan y Guss.

—¡Eh, menos entusiasmo, menos entusiasmo!—reprendió el guardia que tenía orden de mantener silencio dentro de la prisión y de evitar toda prueba extemporánea.

—¡Olé!—repitió Guss, saludando al guardia con un gracioso saludo—. Si no puede uno decir ¡olé! cuando está contento, es mejor que le corten a uno la lengua...

Jimmy comenzó a recoger todas sus cosas. Estaba loco de contento.

—Eso es que habrán encontrado ya al verdadero culpable. Tengo ganas de salir de aquí para ir a hablar a míster Schaubert y hacerle comprender lo mal que me ha juzgado.

—Bien y luego iremos a casa y celebraremos este acontecimiento...

—Tengo ganas de veros reír a todos, ¡canastos!, porque hasta ahora esto ha parecido un funeral. Sally llorando por un lado, Guss poniendo cara de enterrador por otro, y yo sola a pasar la pena sin que nadie

se diera cuenta de ello. Es triste tener el carácter alegre, porque así todos esperan de una que les anime y nadie anima a una. Anda, anda, vamos pronto de aquí. Me parece que hemos de salir llenos de animalillos perniciosos. ¡Jesús, que para ser malo se tenga además que ser sucio!...

Jimmy corrió a hablar con míster Schaubert. Estaba tan seguro de que su inocencia había quedado probada que ni por un momento pasó por su imaginación pensar que se le ponía en libertad por cualquier otro motivo que no fuera el resplandor de su alma pura.

La secretaria de Schaubert le miró con asombro y le dijo, antes de que Jimmy pudiera entrar en el despacho del jefe:

—¡Oh, Jimmy, espere, espere un momento, que tengo que hablar con usted!

—Ahora no puedo detenerme... También yo tengo que hablar con él... y es más urgente que lo que usted tiene que decirme a mí...

Y sin añadir palabra entró sonriendo feliz en el despacho de míster Schaubert que le miró con una mirada severa y triste:

—¡Aquí estoy!—gritó Jimmy sin

darse cuenta de ello—. ¿No se lo decía yo? Soy inocente, inocente... Usted debía haberlo comprendido así, míster Schaubert, usted que me conoce tan bien... Usted sabía que yo era incapaz de hacer semejante cosa. Pero ahora que ya todo ha pasado, dígame, ¿cómo me han puesto en libertad? ¿Tienen prendido al verdadero culpable?

—No, no hemos detenido al verdadero culpable, Jimmy.

—Entonces... no lo entiendo. Usted dijo que sólo me pondría en libertad si recuperaba el dinero robado... y yo no puedo darlo, porque no lo tengo...

—Alguien lo ha dado por ti... El dinero se ha recuperado y yo cumplo mi palabra.

—¿Y cómo se ha recuperado el dinero? ¿Quién lo ha traído? Yo no tengo amigos ricos que puedan hacer eso por mí.

—He prometido no decir el nombre de la persona que ha dado ese dinero... y no puedo decirlo.

—Pero eso no puede quedar así. Así no se demuestra mi inocencia, sino que se confirma mi culpabilidad... Yo no quiero una libertad comprada a costa de mi honra. ¡No quiero!



—Lo siento mucho — murmuró mister Schaubert, queriendo poner fin a aquella situación.

—Pero es que prefiero estar en la cárcel hasta que este asunto se aclare. Devuelva el dinero y póngame de nuevo tras los hierros de la prisión. O por lo menos que yo sepa de dónde ha salido ese dinero.

—Creo, Jimmy, que todos sabemos de *dónde* ha salido—dijo mister Schaubert remarcando con intención aquellas palabras—. Haga el favor de retirarse ahora, no puedo perder más tiempo con usted—añadió secamente, para demostrarle a Jimmy que todo había quedado roto entre ellos.

—Me voy, mister Schaubert, pero yo le juro que volveré... que volveré algún día a demostrarle que está usted equivocado y que hace mal en juzgarme con tanto rigor.

Jimmy salió desesperado de la oficina de mister Schaubert, y pasó sin decir nada ante la secretaria, que le detuvo con su vocécita aguda e insinuante:

—Jimmy, Jimmy, ¿dónde va con tanta prisa? Espere un momento, que quiero hablar con usted.

—¿Qué desea? — preguntó Jimmy sin mirarla, molesto, ansioso de

marchar de aquella casa que ahora parecía quemarle.

—Quiero decirle algo que acaso pueda interesarle, Jimmy. No esté tan enojado.

—Bueno, acabe de una vez, ¿qué es lo que tiene que decirme?

—¿No quiere ser amable conmigo una vez en la vida, Jimmy?—preguntó la secretaria coqueteando descaradamente con él y mirándole con mimo.

—Déjeme en paz. No tiene usted nada que decirme. Sólo tiene ganas de burlarse de mí.

—¿Burlarme?... No, sólo quería decirle que esta mañana ha venido la señorita Sally a hablar con mister Schaubert.

—¿Sally? ¿Y qué ha venido a hacer?—preguntó Jimmy mirando ahora fijamente a la muchacha y queriendo adivinar la verdad que pudiera haber en aquellas palabras.

—Es un secreto... pero como yo no he prometido guardarlo, bien se lo puedo decir. Ha venido a traer a Schaubert cuatrocientos dólares.

—¡Mentira! ¡Mentira! ¡Quiere usted hacerme daño, eso es todo!... ¡No puede ser verdad!

—¿Le parecen bonitas palabras para decir a una mujer? — pregun-

tó la muchacha poniéndose muy seria, como si se enojara de veras—. Yo estaba aquí mismo cuando ella llegó y desde aquí vi cómo le daba el dinero a mister Schaubert. Ya comprendo que eso no está bien. Pero no por ello le creo culpable. En cambio, ella, ha demostrado que estaba segura de su culpabilidad al venir a devolver el dinero.

—¿Usted piensa que Sally me cree culpable?

—¡Claro que sí! ¡Si usted la hubiera oído hablar!

Jimmy no quiso escuchar más y salió de la oficina partiendo velozmente a casa de Sally. Llevaba el alma llena de amargura. La única mujer en la que había creído y en la que había confiado dudaba de él. Jimmy sentía que el corazón le iba a saltar hecho pedazos dentro del pecho.

—¡Jimmy! ¡Qué alegría verte de nuevo en libertad!—exclamó la inocente chiquilla al ver a su amado. Pero éste la rechazó en lugar de abrazarla y le preguntó con un tono rudo y severo:

—¿Has ido esta mañana a ver a Schaubert?

Sally palideció y replicó confusa y balbuciente:

—Sí... sí, he ido...

—¿Y le has llevado el dinero, no es eso?

—Jimmy... no te enfades; no creo que haya mal alguno en ello. Yo pensé...

—¡No me importa lo que tú pensaste! ¿No comprendes lo que has hecho? Has hecho creer a todos que soy culpable; has demostrado que he sido yo quien robó el dinero... Todos piensan que el dinero que tú has dado es el que yo robé... ¿comprendes todo el mal que me has hecho? ¡Todos, todos me creen ladrón! ¡Hasta tú!—gimió Jimmy sin poder contenerse.

—¡No, Jimmy, no, yo no creo que tú seas culpable!

—Sí, sí, lo crees; si no lo creyeras no hubieras dado el dinero.

—Lo di creyendo que así te ayudaba, que así podrías salir de la cárcel y buscar al verdadero culpable. Por eso lo hice...

—¿Creíste ayudarme, eh?... ¡Ya ves cómo me has ayudado, hundiéndome para siempre en la desesperación! Si te hubieras estado quieto en casa y no te hubieras metido en asuntos ajenos y me hubieras dejado seguir en la cárcel, acaso hubiera logrado demostrar mi inocen-



cia. Ahora ya todo es inútil... ya nadie me creará. Todos están seguros de que ese dinero es el que robé. Preferiría cadena perpetua a esa deshonra de ahora... Pero te juro que te pagaré hasta el último céntimo de esa cantidad que me has dado tan *generosamente*—dijo Jimmy mordiendo las palabras, sin pensar todo el dolor que ellas producían en el corazón de la pobre niña.

—Yo no quiero ese dinero—lloró Sally con desconsuelo.

—¿Y qué quieres que haga yo de él? Sería siempre el dinero de un robo que no he cometido y para mí sería peor que un remordimiento, sería la prueba constante de que la mujer a la que yo amaba me había traicionado...

—¡Jimmy!

—Jamás volverás a verme... ¡Adiós!

Jimmy iba a salir en el momento en que llegaban Joan y Guss, que venían felices y satisfechos pensando en la alegría de poder celebrar la libertad de Jimmy. Pero Jimmy pasó junto a ellos sin decir palabra y dando un tremendo portazo que les dejó atónitos.

—¿Qué le pasa?—preguntó Joan

mientras iba al teléfono que estaba llamando con insistencia—. ¿Quién es? ¡Ah, sí, sí, doctor!... ¿Mañana? Ahora hablará con ella misma... Sally, es el doctor Perenz que quiere hablar contigo.

Sally se puso más pálida de lo que estaba. Cogió el teléfono y dijo con la voz trémula y empapada en llanto:

—¡Oh, disculpe usted, pero he cambiado de modo de pensar! No quiero hacerme esa operación... He sufrido ya tanto que no quiero intentar nada nuevo. Gracias, doctor, mil gracias por su interés...

—¿Estás loca? —le preguntó Joan a Sally cuando ésta hubo colgado el auricular.

—No... lo he pensado bien y no quiero que me operen. Ya me he acostumbrado a estar coja. No quiero sufrir más.

—Sally, mírame. A ti te pasa algo. ¿Qué ha pasado entre tú y Jimmy? ¿Os habéis peleado?

Sally se abrazó a su amiga rompiendo en un llanto deshecho, en un llanto que no la dejaba hablar y que se rompía en sollozos en su garganta.

—¡Se ha ido, se ha ido para no volver más! Pero no es ese el moti-

vo por el que no quiero operarme. Aunque él se hubiera quedado tampoco podía hacerme la operación...

—Pero tienes el dinero para ella —dijo Guss.

—Lo tenía. Se lo di a Schaubert para que pusiera en libertad a Jimmy.

—¿Y porque has hecho eso te abandona?—preguntó Joan exasperada—. ¿Y así son los hombres?

Sally se secó sus lágrimas, intentó sonreír y dijo, haciendo un esfuerzo para mostrarse serena:

—Bueno, las cosas no seguirán el camino que creíamos. Todo vuelve a quedar como antes. Acaso Jimmy tenga razón de estar enojado conmigo. La operación no se hará y yo seguiré como antes, sentada siempre en mi silla de inválida sin esperar nada ni desear nada...

\* \* \*

Joan no se quería dar por vencida. Amaba demasiado a su amiga para dejarla que siguiera coja toda su vida, teniendo la posibilidad de sanar si se sometía a la operación que el doctor Perenz quería hacerle. Su cabecita buena ideaba

mil cosas distintas para poder ganar en breves momentos todo el dinero que Sally había malgastado para aquel ingrato que la dejaba plantada en agradecimiento al sacrificio que la niña había hecho por él, y después de mucho pensar se acordó del truco que Guss quería hacer en las carreras de caballos.

—Oye, Guss, ¿sigues tan amigo del entrenador de caballos del que me hablabas hace unos días?

—Sí, ¿por qué me lo preguntas?

—Porque estoy resuelta a adoptar tu idea. No podemos dejar que Sally no se haga la operación. Probaremos fortuna. Y si la suerte nos favorece, Sally volverá a recuperar su alegría.

—Bien, pues hablemos con él y pongámonos de acuerdo. Yo tengo esperanzas de que el truco marcha a las mil maravillas.

Joan y Guss, sin que Sally se enterara, consiguieron que el entrenador aceptara las condiciones y ya no tuvieron que hacer más que esperar a que el día de las carreras llegara.

Fueron los tres. Ya Sally sabía que iban a apostar por un caballo que tenía todas las posibilidades de ganar y con el dinero le pagarían a



ella la operación. Sally procuraba mostrarse contenta. Pero no encontraba alegría en nada desde que Jimmy la había abandonado de una manera tan injusta y tan cruel.

Sally no había estado nunca en un concurso hípico y todo le llamaba la atención: la gente, los caballos, la pista, los jinetes; todo, en una palabra, y todo era hacer preguntas a las que ni Guss ni Joan sabían contestar porque tampoco ellos estaban muy acostumbrados a aquel espectáculo.

Las carreras comenzaron. Los tres amigos estaban inquietos y seguían todas las peripecias de los saltos con el alma puesta en los ojos. Del éxito del caballo por el que ellos habían apostado dependía el triunfo de su empresa. Sus corazones latían violentamente. Sally encontraba aquello excitante para ella. Hubiera preferido esperar en casa el resultado de la carrera. Pero el caballo no daba los resultados apetecidos. Joan increpaba a Guss, dándole a él toda la culpa. Guss quería disculparse. Sally intentaba poner paz entre los dos. Y armaban ellos tres más ruido que todo el resto del campo.

—Vamos, vamos, Sally — exclamó

mó Joan no pudiendo resistir más.

—Vámonos a casa, porque si me estoy un minuto más con él creo que acabaré pegándole.

—No te apures, Guss—dijo Sally dando la mano al pobre muchacho que estaba sinceramente apenado—. Yo procuraré calmarla. Tú has hecho todo lo que has podido. No es culpa tuya que el caballo no tenga hoy ganas de correr.

Marchaban los tres por el andén del campo, cuando de pronto, Mopsy, que iba siempre pegado a las faldas de su dueña, salió disparado arremetiendo contra un hombre que estaba tranquilamente junto a ellos. Fué tan rápida la embestida del animal que nadie tuvo tiempo de darse cuenta de ello. Sally fué la primera que comenzó a llamar a su perro, intentando calmarle, pero el perro no le hacía caso alguno, ladrando furioso y queriendo morder al desconocido. Luchaba éste contra el perrito que le embestía y en uno de los movimientos que hizo, tratando de desasirse de él, Guss vió destacada en su mano la figura de una moneda de dolar, tatuada con arte y con primor.

¡Aquél era el hombre! Guss se precipitó sobre él, discutió, le dió

de puñetazos, consiguió que se hiciera en torno suyo un nutrido grupo que evitaba toda escapatoria posible y, cogiéndole entonces fuertemente, llamó a unos guardias y les dijo:

—Detengan a ese hombre, que es un ladrón.

—Les detenemos a los dos por escándalo en la vía pública—repitió el policía.

—¡Ah, con gusto iré a la delegación para poder demostrar quién es ese hombre! Estoy a su disposición.

Joan y Sally vieron con sorpresa y dolor cómo Guss era conducido por los policías, igual que si fuera un ladrón o un asesino. Aquel muchacho se había metido en un paso loco. ¿Cómo saldría de él? Ni Joan ni Sally sabían que el otro hombre era el ladrón, porque ninguna de las dos muchachas había visto el tatuaje que le distinguía y que Guss había visto y había aprovechado para poderle capturar.

• • • • •

Unas horas más tarde Guss volvió a presentarse ante ellas con el rostro resplandeciente.

—¡Aquí tenéis al hombre del momento, al hombre célebre que ha

capturado al bandido más célebre de Estados Unidos!

—Si alguna vez pudieras hablar con formalidad...—dijo Joan sin hacerle mucho caso.

—Hablo con toda la formalidad de que soy capaz. Aquel hombre con el que me peleé, es el que cometió el robo en las oficinas de Schaubert.

—¿De veras?

—¡Ya ves si soy hombre de importancia! Y luego ha resultado que era un fugitivo de no sé qué presidio y que la policía andaba tras él hacía mucho tiempo. ¿Qué os parece? Han encontrado en el bolsillo de su chaqueta buena cantidad de los dólares robados. Eso ha sido la prueba más irrefutable de que era él. Schaubert está loco de alegría y me ha dado estos cuatrocientos dólares para que te los devuelva, Sally, pidiendo mil perdones por haber dudado de la honradez de Jimmy y de la tuya también...

—¡Guss, eres el hombre más inteligente del mundo!—exclamó entusiasmada Joan.

—¿No había nadie más que mister Schaubert en la delegación de policía?—preguntó Sally con una remota esperanza de que Jimmy se hubiera presentado también.



—Sí, sí, estaba el jefe de policía y media docena de detectives, y muchos otros prisioneros.

—¡Estúpido! ¡Mi delicioso estúpido! ¿No comprendes que Sally te pregunta si has visto allí a Jimmy?

—Hija, no soy adivino. No, no me había enterado de que preguntaba eso. Pues bien, Jimmy no estaba allí. Dicen que se ha marchado al extranjero. Esta misma mañana he recibido yo una carta suya. Viene de Cuba. Se ha enrolado en un vapor para ganar dinero... y envía unos dólares para Sally.

Sally se ocultó el rostro con las manos para cubrir sus lágrimas... Joan dió una mirada de rencor a Guss, al que hacía un momento se comía a besos. Luego le cogió la carta de las manos, se la volvió a entregar y le dijo.

—Veamos lo que dice, lee.

—“Querido Guss—leyó éste en voz alta—. Te extrañará recibir carta mía desde Cuba, pero es para mandarte esos diez dólares suplicándote se los des a Sally y le digas que le iré pagando la deuda tan pronto como me sea posible...”

—Calla, calla, no leas más—interrumpió Joan dando un manotazo a aquel papel.

—No quiero ese dinero —lloró Sally levantando la frente con orgullo y fiereza.

—Yo lo guardaré—dijo Joan—. Ahora que tenemos dinero te van a operar en seguida. Vamos, sin pensarlo ni un minuto. Andando.

—No quiero, no me importa ya curarme.

—Pero me importa a mí. Quiero tener de nuevo una amiguita que me sirva el desayuno en la cama los días en que el sueño me vence.

—No quiero, no quiero—porfió Sally como una nena caprichosa.

—Guss, ayúdame... Nos la llevamos al hospital, aunque ella no quiera.

—Vamos... Ahora ya puedo hacer esas cosas, porque me han nombrado detective y tengo una paga de trescientos dólares. ¿Qué te parece, Joan?

—¡Oh, Guss, que eres el hombre ideal en el que siempre he soñado!

Entre los dos tomaron a Sally en brazos y la bajaron a la calle, metiéndola en un taxi a pesar de todas sus protestas.

\* \* \*

Dos semanas más tarde Sally estaba sentada en su silla de enferma en el jardín del Hospital, empapándose de la tibia caricia del sol y del aire suave de aquella mañana de primavera. El doctor Spear estaba a su lado y le hablaba con dulzura, tratando de convencerla:

—La operación ha sido un éxito, mi querida Sally, pero tiene usted que ayudarse para curar completamente. Si no camina cada día un poco, si no hace el esfuerzo de salir de esta silla y de dar unos pasos por el jardín nuestros esfuerzos resultarían inútiles. Vamos a ver. Yo le ayudaré a andar. Tiene usted que irse acostumbrando. Un poco de ánimo. Así, ahora ya se ha levantado de la silla. Yo la espero aquí. A ver, dé unos pasos... no tema, verá como anda perfectamente bien.

Sally hizo un esfuerzo para andar, pero le flaquearon las piernas y cayó al suelo. El médico corrió a levantarla.

—¡Cómo, Sally!... Eso no puede ser. Usted ha de tener fuerza...

—No puedo, doctor, no puedo. Prefiero morirme sentada en esa silla...

—No, no hable usted así... No quiere, que es mucho peor que no

poder... No quiere usted curarse y está haciendo todos los posibles para no curarse. Ahora, si usted quiere puede andar sin dificultad... pero si no quiere, si ahora no quiere hacer ese esfuerzo, entiéndalo bien, jamás podrá andar, porque la rodilla le quedará anquilosada, la pierna se le atrofiará...

—Doctor, usted dice que no quiero andar... pues bien, no quiero... no tengo ansia de querer... no me importa nada ya mi salud. ¿Para qué la quiero No tengo ilusiones ni esperanzas... ¡No quiero sanar!

—¡Sally, Sally!—gritó Joan llegando precipitadamente—. Traigo para ti muy buenas noticias... Hoy llega el barco...

—¿El barco? ¿Jimmy?—preguntó Sally con un relámpago de alegría.

—Sí, Guss ha ido a esperarle y le traerá aquí. Verás como todo se arregla de nuevo.

—No, Jimmy no vendrá más. Dijo que jamás quería verme. Jimmy no vendrá—murmuró Sally con desfallecimiento—. Y aunque venga yo no quiero verle. No quiero que me vea en mi silla de paralítica. Ahora no tengo esperanza alguna de curarme. No quiero verle, no quiero



verle...—lloró Sally desesperada—. Doctor, prométame que si viene no le dejaré entrar, prométame que no le dejaré verme...

—Se lo prometo, Sally, se lo prometo, pero cálmese. Esas emociones le son muy perjudiciales. Cálmese.

El médico hizo seña a Joan para que la dejara sola y le recomendó mucha prudencia..

—Esta niña es muy sensible y toda emoción le puede ser pernicioso. Procure que nadie la moleste.

—Está bien, doctor.

\* \* \*

Jimmy llegó. Venía con el alma entristecida, porque el tiempo le había hecho comprender cuán mal se había portado con su "angel", con aquella criatura buena y dulce que lo había sacrificado todo por él y que él había desdeñado por un rasgo de orgullo del que estaba sinceramente arrepentido. Volvía a su patria sin anhelos ni esperanzas, pero quedó agradablemente sorprendido cuando vió a Guss que le esperaba en el muelle.

—¡Hola, Guss!... ¿Qué es de tu vida?

—Ya me ves. Estoy convertido en un detective de importancia. Los tiempos cambian y las gentes mejoran. ¿Y tú?

—Ya ves... ¿Te has casado ya con Joan?

—No; por ahora no pienso casarme... aunque la muchacha se lo vale... pero la libertad es muy bella... ¿Sabes que hay un amigo que quiere verte? Hace un momento he hablado con él.

—¿Quién es?

—Schauber, tu antiguo patrón.

—No quiero verle... —exclamó Jimmy haciendo un paso atrás.

Pero ya Schauber le estrechaba entre sus brazos y le hablaba de cómo se había descubierto por la intervención de Guss al verdadero culpable.

Fué entonces cuando Jimmy sintió el ansia loca de correr hasta Sally, de pedirle perdón, de postrarse a sus rodillas y suplicar que olvidara sus palabras duras y su conducta desconsiderada.

—Guss, llévame al lado de Sally, llévame donde esté ella... Quiero verla... Nada me importa en el mundo más que ella—exclamó, dejando a Schauber, que le ofrecía en recompensa de los servicios que ha-

bía prestado a la firma, un magnífico automóvil, el automóvil en el que Jimmy había soñado tantas veces y que ahora no le producía ninguna ilusión. Sólo quería ver a Sally y conseguir que le perdonara. Si no lo conseguía volvería a enrolarse entre la tripulación de algún buque de cabotaje y se marcharía a recorrer los mares tratando de olvidar.

—Sally está enferma —le dijo Guss.

—Enferma? ¿Dónde está?

—En el hospital. Le han hecho una operación. Vamos, yo te acompañaré, pero no sé si la podrás ver.

Corrieron al hospital. Guss dejaba que su amigo llevara el auto a toda marcha. Sabía que yendo con un agente de la autoridad de su prestigio no podrían imponerle multa alguna.

En el hospital el doctor Spear negó su permiso para que Jimmy pudiera ver a Sally. Lo había prometido a la enferma y creía de buena fe que aquella visita había de ser perjudicial a la chiquilla. Pero Joan era mujer, y era más comprensiva, y conocía mejor el corazón femenino. Llevó a Jimmy a

parte y le dijo en tono serio y misterioso:

—Sally no quiere verte jamás. Ha dicho que si te encontráramos te devolviéramos todo el dinero que le has mandado. No ha gastado ni cinco céntimos de él. La verdad es que te has portado muy mal con la chiquilla, Jimmy. Te has portado como un canalla, como un hombre sin corazón...

—Puedes decir todo lo que quieras, Joan, nadie me ha juzgado tan severamente como yo mismo. El remordimiento no me ha dejado vivir. Yo sé todo el daño que he hecho a esa criatura delicada que es toda corazón y que se deja llevar únicamente por el impulso de sus sentimientos... Pero yo quiero verla... Estoy seguro de que si le hablo conseguiré que me perdone.

—No puede ser. El doctor lo ha prohibido y ella dice que no quiere verte.

—Entonces... ¿no hay esperanza?

—Es mejor que te marches, Jimmy, es mejor que te marches.

—Joan, dile tú en mi nombre todo lo que yo quisiera decirle. Y si me perdona llámame... Vendré en seguida... Vendré a postrarme a



sus plantas y a venerarla como a una santa...

—Está bien, te lo prometo, Jimmy, haré cuanto pueda... Pero ahora vete... No, por esta puerta, no; por aquella, por la que da al jardín... —indicó Joan, mostrando a Jimmy el camino que había de conducirle ante Sally.

Jimmy marchó por él con la cabeza inclinada, pesaroso, desolado, como si sobre él pesaran todos los dolores del mundo. Salió al jardín y no se dió cuenta de que Sally estaba tendida en su silla de enferma. Pero Sally le vió a él, le vió y un fulgor maravilloso brilló en sus ojos; sus mejillas se colorearon levemente; sus labios se entreabrieron en una sonrisa de júbilo, y con una voz clara, llena de felicidad, gritó:

—¡Jimmy!... ¡Jimmy!...

Se detuvo el muchacho al escuchar la voz querida, y la chiquilla,

en el ímpetu de sus ansias, se puso en pie, marchó a él con su paso firme y seguro, con su paso de otros tiempos, con su paso suave y cadencioso en el que no se notaba sombra de vacilación.

—¡Sally!...—gritó a su vez Jimmy, tendiéndole los brazos.

Y corriendo a ellos, la chiquilla se apretujó sobre el corazón del hombre amado y le dijo entre lágrimas y sonrisas:

—¡Oh, Jimmy, Jimmy, no quiero que te vayas, no quiero que te vayas!...

—Mi ángel bueno... ¡Ya jamás nos separaremos... si es que tú me perdonas!...

Sus bocas se unieron en un beso de paz y de ternura y Sally entornó los ojos para huir de toda visión exterior que enturbiara la magnífica felicidad de su alma inocenta y buena.

FIN

**Próximo número:**

LA MARAVILLOSA NOVELA  
**BARRERAS INFRANQUEABLES**

Genial creación de **PAUL MUNI**, con  
**Margaret Lindsay, Bette Davis**, etc.



E. B.